

3786

M. Pierre Decourcelle

Los dos pilletes

Melodrama en dos partes
y ocho cuadros

Juan Escenat

o

MADRID

Sociedad de Autores Españoles

1913

2



LOS DOS PILLETES

Esta edición, lo mismo que la tercera parte de los derechos de representación de la obra en lengua española, es propiedad del traductor, don Juan B. Enseñat, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS DOS PILLETES

LES DEUX GOSSES

MELODRAMA EN DOS PARTES Y OCHO CUADROS

ESCRITO EN FRANCÉS POR

M. Pierre Decourcelle

ADAPTACIÓN ESPAÑOLA POR

JUAN B. ENSEÑAT

— x —

Estrenado con éxito extraordinario por la compañía
de don Miguel Cepillo en el TEATRO NOVEDADES, de Barcelona, la noche
del 18 de Noviembre de 1897



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

REPARTO

PERSONAJES

ELENA DE KERLOR
CARMEN DE SAINT-HYRIEX
CLAUDINET.
FANFAN
CEFERINA
SOR MODESTA.
MARIANA
JUANITO DE KERLOR (Fanfán a la
edad de 4 años)

ACTRICES

Sra. Bardo
» Rojas
Srta. Valdivia
» Pardo
Sra. Colom
» Marc
Srta. Hurtado

Niña Rodríguez

ACTORES

JORGE DE KERLOR. Sr. Muñoz
ROBERTO D'ALBOIZE. » Gil
CARACOL. » Colom
BRISQUET » Cepillo
SAINT-HYRIEX » Nortés
CACHALOTE » Rausell
ESPINILLA » Simó Raso
PABLO HUMBET » Nieva (E.)
TRINQUETE. » Rodríguez
SIMPLICIO » Simó
EL DOCTOR VERNIER » Simó (Ricardo)
EL ADMINISTRADOR DEL HOSPITAL
DE TOURS » Vazquez
UN ENFERMO » Blasco
EL BEDEL. » Rodríguez
UN GENDARME » Nieva (G.)
UN AGENTE DE ORDEN PÚBLICO. . . » Romeu
UN ENFERMERO » Giménez
UN CRIADO. » Romeu

LA ESCENA PASA EN FRANCIA.—ÉPOCA ACTUAL

Las indicaciones están tomadas del lado del público

TÍTULOS DE LOS CUADROS

Primera parte: 1.º Posada de Tourne-Bride.—2.º Hospital de Tours.—3.º Venganza de marido.

Segunda parte:—4.º Razón social Caracol y Compañía.—5.º ¡No es mi hijo!—6.º El último robo de Fanfán.—7.º La esclusa del puente de Austerlitz.—8.º Muerte de Claudinet.



ACTO PRIMERO

Sala rústica. Ventana practicable a la izquierda, último término. Puerta de entrada en el fondo. Puerta que conduzca al cuarto del Capitán a la derecha último término. Por la puerta del fondo y por la ventana se ve el campo. Un taburete delante de la ventana. Una mesa y dos sillas a la izquierda primer término. Un aparador en el fondo derecha arrimado a la pared. Un sillón rústico y un taburete delante de la chimenea. Un quinqué sobre la mesa. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

SIMPLICIO y MARIANA

SIM. Y siete veintiocho, y cinco treinta y tres.
MARI. Treinta y tres... justo.

SIM. Vamos, no digas, Mariana. Para un mesón como el Tourne-Bride, no es mal ingreso.
MARI. No es esto lo que me prometías antes de casarnos.

SIM. Ten un poco de paciencia, mujer. Si la fábrica de pólvora de Ripault, sigue marchando como hasta ahora, en menos de un año habremos reunido los veinte mil francos que nos hacen falta para comprar el café de las «Mil columnas.»

MARI. ¿Y si antes el dueño lo vende a otro?
SIM. ¡No, no! El señor Guepin, es hombre de palabra.

- MARI. Entonces sí que tendremos el mejor café de Tours, con la clientela de los oficiales. Todos los que vienen destacados a la Fábrica me lo han prometido.
- SIM. Es natural. Les das sobrada conversación para que dejen de prometértelo.
- MARI. ¿Vas a ponerte celoso ahora? Es que el Capitán D'Alboize?
- SIM. ¡Oh! lo que es ese no despega los labios. Hace ocho días que está aquí y no me ha dicho media docena de palabras. Es un oficial muy serio, que no se ocupa más que de su trabajo.
- MARI. ¡Ay, Simplicio, qué simple eres! ¿Te figuras que estos días se ha estado metido en su cuarto para estudiar?
- SIM. Pero, ¿cómo sabes tú si ese oficial estudia o no estudia?
- MARI. Porque he observado por el ojo de la cerradura.
- SIM. ¡Hola! No pensaba yo que fueses tan curiosa.
- MARI. El caso no era para menos. Es el primer oficial que no se fija en que la hostelera de Tourne-Bride no es jorobada ni tuerta. Eso es un desaire hecho a la casa.
- SIM. Si es por la casa... ¿Y qué has visto?
- MARI. Eres tan curioso como yo. Pues bien; he visto al pobre que iba y venía en su cuarto, hablando solo, y, sobre la mesa, dos retratos que él miraba de vez en cuando con un aire tan triste, que de verlo se me partía el corazón.
- SIM. ¡Pobrecita mía!
- MARI. Lo que más avivó mi curiosidad, fueron los dos retratos. Entonces, mientras el capitán estaba en la fábrica de pólvora, entré en el cuarto y abrí el armario.
- SIM. ¡Señora Mariana, lo que usted ha hecho es una mala acción! Y... ¿qué retratos eran?
- MARI. El uno, era de un niño de ojos grandes y pelo rizado; el otro, de una señora muy

- elegante y muy guapa. Entonces he comprendido por qué el capitán D'Alboize ni siquiera me había dicho que ojos tengo.
- SIM. Brisquet, su asistente, dijo que era soltero. Entonces esa señora será su...
- MARI. ¡Naturalmente! La prueba que al pie del retrato hay una dedicatoria que dice: «Al idolatrado padre de mi Marcelino.»
- SIM. Luego ese Marcelino es...
- MARI. El niño del retrato. La cosa es clara. Pero hay algo más. ¿Has visto qué agitado estaba el capitán esta noche? No ha probado nada de su comida.
- SIM. Tanto, que se la serví a un viajero. Si se agitate todas las noches el señor D'Alboize... ahorraríamos su manutención.
- MARI. Encargó que encendiéramos la chimenea de su cuarto.
- SIM. Sí.
- MARI. Y artes de volverse a la fábrica envió a Brisquet a la estación de Tours.
- SIM. ¡A las once de la noche! ¡oh! ¡oh!
- MARI. No me cabe duda. Es que esa señora va a venir.
- SIM. ¡Calla! ¡Un coche!
- MARI. Hay una persona en el pescante, además del cochero.
- SIM. ¡Brisquet!
- MARI. ¿No te lo decía? Veremos si es tan guapa como en el retrato.
- SIM. Va a doblar la cuenta del capitán.

ESCENA II

Dichos, BRISQUET y ELENA

- BRIS. ¿Hay luz y lumbre en el cuarto del señorito?
- MARI. Sí, Brisquet.
- BRIS. Tenga usted la bondad de pasar, señora.

- ELEN. ¿Es aquí?
BRIS. Sí, señora.
MARI. No puedo verle la cara a causa del velo.
SIM. Espera que se lo quite.
ELEN. ¿Dónde está el capitán?
BRIS. Está de servicio en la fábrica de pólvora. Como no podía abandonar su puesto, me envió a la estación de Tours, para esperar a usted a la llegada del tren de París, y conducirla aquí, a su cuarto. Si la señora quiere pasar...
ELEN. No. ¿A qué hora vuelve el capitán? ¿No podré verle esta noche?
BRIS. Ah, sí, señora. Luego va a terminar su servicio. No puede tardar en volver, porque la esperaba a usted con la mayor impaciencia... Por el camino se oyen pasos. Es mi capitán. (Vase.)
SIM. No se quita el velo.
MARI. No tendrá más remedio que quitárselo. Si la señora quiere que la ayude a quitarse el velo.
ELEN. No, gracias.
SIM. Ni por esas.
BRIS. Mi capitán, la señora está aquí.
DALB. Bien, déjanos.

ESCENA III

ELENA y D'ALBOIZE

- DALB. ¡Ah! ¡Carmen! ¡Carmen! Por fin te vuelvo a ver... ¡La señora de Kerlor!
ELEN. Sí, señor, la cuñada de Carmen que no ha vacilado en partir sola, secretamente, como una culpable, por salvar la honra y tal vez la vida de la infortunada hermana de mi marido.
DALB. No la comprendo a usted, señora.
ELEN. ¡Oh!, no trate usted de negar. El nombre

de Carmen, ese grito que se escapó de sus labios, me hubiera revelado lo bastante, si desde ayer no lo supiese todo.

DALB.
ELEN.

¿Todo?

Hace tres años que es usted el amante de Carmen de Kerlor, esposa de Saint-Hyriex. Ultimamente ha sabido usted que su marido, nombrado gobernador de Guayana, se lleva a Carmen. Abusando entonces del poder que, por su desgracia, adquirió usted sobre ella, le ha escrito prohibiéndola que parta, amenazándola con revelárselo todo a su marido si no huye para seguirle a usted. Aquí está su carta, que ella me ha entregado. Aquí están sus amenazas: «Eres mía, no le seguirás. Si dentro de dos días no vienes, voy a Paris y le digo al señor de Saint-Hyriex todo lo que pasa, y las armas decidirán entre los dos. Si me mata, me veré libre del tormento que sufro; si quedas viuda, se acabará el temor de que nadie me robe lo que es mío». Usted sabía perfectamente el trastorno que iba a causar a esa pobre criatura, alocada ya por la idea de esa separación. Pero me tenía a su lado y, desesperada, me lo ha revelado todo. He podido decidirla al cumplimiento de sus deberes, y vengo con la esperanza de que usted también comprenderá los suyos.

DALB.
ELEN.
DALB.
ELEN.

Ya no me ama.

Que le ame o no, ella no vendrá.

¿Y sus juramentos?

Son vanos los que se prestan en el extravío de la pasión; otros más sagrados había pronunciado antes.

DALB.

Esos juramentos, cuyo valor ignoraba cuando le fueron exigidos, no la ligan a ese marido que la sacrifica al egoísmo de su pasión.

ELEN.

Y usted ¿no la sacrifica al egoísmo de su amor?

DALB. Piense usted de mí lo que quiera. Amo a Carmen y será mía a pesar de todo. Si el amor no fuese egoísta, no sería amor.

ELEN. ¡No diga usted eso! El amor no es egoísmo, es abnegación. Y nadie lo sabe mejor que yo. Yo amo apasionadamente a mi marido y soy correspondida con igual pasión. Pues bien, hace tres años, viendo Kerlor su patrimonio casi enteramente perdido a consecuencia de la quiebra de un banquero, y comprendiendo la dificultad de reconstituir en Francia su fortuna, no vaciló en expatriarse, dejándome sola con mi hijo, que él no quería exponer a los peligros de un clima mortífero. Nos separamos en plena juventud, en plena luna de miel, y hace dos años que vivimos a dos mil leguas uno de otro, pero unidos por la esperanza de una felicidad futura. ¡Ah! ¡Créame usted! Hay más amor verdadero en el marido que así se separa de la mujer que ama, que en el amante cuya pasión tiránica pretende arrastrar a la infeliz que le ha entregado su corazón, al abismo de la deshonra y de la infamia. ¿Qué ofrece usted a esa mujer a quien hizo olvidar los deberes más sagrados?

DALB. Mi vida en cambio de la suya. Que desaparezca, que pase al extranjero, y pido mañana la absoluta para seguirla. Abandono una carrera que prometía ser brillante, renuncio a mis esperanzas de gloria, a mi porvenir militar. ¿Cuál de nuestros sacrificios es mayor? ¿El suyo o el mío?

ELEN. ¿Dos sacrificios? Diga usted dos cobardías.

DALB. El primer deber de una madre, consiste en no abandonar a sus hijos y Carmen tiene un hijo. Usted debe saberlo puesto que lo sabe todo. Este es el lazo indisoluble que nos une a Carmen y a mí. Y este niño

no tendrá madre, porque aunque ella viva habrá muerto para él.

ELEN. ¡Caballero!

DALB. ¡No vendrá!... Durante cuatro años me ha hecho feliz como amante y como padre, para decirme hoy fríamente: «Todo acabó entre nosotros.» ¿Y eso le parece a usted justo? ¡Sea! Pero nuestro hijo, cuyo nacimiento hemos podido ocultar merced a la larga ausencia de Saint-Hyriex... ¿quiere usted que se quede sin madre? ¿Quiere usted privarle de los pocos besos que Carmen le da en secreto? ¿Quiere usted sumirlo en la orfandad? ¿No encontrará usted en el fondo de su corazón de madre un poco de piedad para él? ¡Si niega usted mis derechos, déjeme al menos defender los suyos!

ELEN. No. A usted menos que a nadie. ¿Quién más que usted le ha labrado la desgraciada suerte que deplora? Usted y Carmen se han colocado entre dos deberes inconciliables. No pueden ustedes cumplir con uno sin faltar al otro. Es preciso elegir.

DALB. Pues bien, mi elección ya está hecha. Entre Saint-Hyriex y mi hijo ¿cree usted que yo puedo dudar? Y si Carmen vacila, es una cobarde. ¿He de ser yo más escrupuloso que ella? A ese marido, en quien busca un apoyo la mujer doblemente adúltera, lo mataré. A la madre desnaturalizada, le quitaré el hijo, enseñándole a maldecirla.

ELEN. ¡Ah! ¡Calle usted!

DALB. Y más tarde, cuando la vea pasar, le diré al niño: «¡Mírala! Esa es tu madre, la que a tus besos y a tus caricias, prefiere el respeto usurpado de la sociedad.»

ELEN. ¡Caballero!

DALB. Basta, señora. Todo cuanto me diga es inútil. Nada me hará cambiar de resolución. Lo que acaba usted de oír puede re-

petírselo a la mujer que la envía. Lo que he escrito, lo haré sin vacilar.

ELEN. ¡No! ¡Usted no hará eso! Perdone usted mis arrebatos... La angustia enloquece. ¿Qué haré yo para convencerle? Si no, estamos perdidos.

DALB. Pero, en fin, señora, yo no comprendo ni su cólera ni sus lágrimas. ¿Qué interés tan poderoso tiene usted en defender al señor de Saint-Hyriex?

ELEN. El honor de mi familia, caballero. Mi amor, mi felicidad que usted va a destruir. Lo que aquí defiende es la causa de los seres que más quiero en el mundo.

DALB. ¿Su causa?

ELEN. En la obcecación de su odio y de sus celos, usted no ve más que a Saint-Hyriex. ¿Y los otros? La madre de Carmen, gravemente enferma, no sobrevivirá a la vergüenza pública de su hija, y mi marido, ese hombre tan bueno, tan generoso, que allá, en su destierro, trabaja con tanto ánimo por nosotros... Usted no le conoce, tiene al mismo tiempo el corazón más tierno y el carácter más violento... Sus arrebatos son terribles... Y cuando se exalta no es dueño de sí mismo. En el primer instante de su dolor y de su cólera, es capaz de todo. Si le matase a usted ¿qué sería de su hijo? Y si usted le mata ¿qué va a ser del mío? Tenga usted piedad de las inocentes criaturas, cuya suerte está en sus manos. Por eso he venido, caballero: por esto doy este paso peligroso y comprometedor ocultándome como una criminal. Por esto, en nombre de mi esposo, en nombre de mi hijo, por su propio hijo de usted, le suplico que tenga piedad de nosotros.

DALB. Levántese usted, señora. ¡Ah! Yo soy el que debo implorar su piedad. ¿Qué quiere usted de mí?

- ELEN. Que en este momento terrible de la vida, cumpla usted con su deber, como lo haría en el campo de batalla, sin vacilar, ni desfallecer, a fin de que su hijo, si quiere un día leer en el pasado de su padre, no encuentre en él más nobles ejemplos: para ser entonces, a sus ojos, lo que ha sido usted hasta aquí: un militar pundonoroso y un hombre honrado.
- DALB. ¡Ah, señora! Si fui inflexible ante su cólera, no puedo resistir a sus lágrimas. ¿Qué exige usted de mí?
- ELEN. Deje partir a Carmen y cese toda correspondencia con ella.
- DALB. ¿Esto más?
- ELEN. Devuélvame usted sus cartas.
- DALB. ¿Ni un recuerdo del pasado?
- ELEN. Es preciso que ni la menor huella de ese pasado pueda revelarlo jamás. ¡Sea usted fuerte! ¡Sea usted bueno!
- DALB. En fin, puesto que mi hijo y yo estamos condenados al dolor y al abandono, sea usted dichosa. Haré lo que usted me pide.
- ELEN. ¿Dichosa? ¡Ah no! Pero sí agradecida... ¡Oh, sí!, eternamente.
- DALB. No tengo aquí esas cartas. Voy a mandar por ellas y las remitiré mañana mismo a la dirección acostumbrada. Y ahora que me arrancó esta promesa, parta, usted, señora, antes que la retire mi palabra. ¡No volverla a ver jamás!
- ELEN. No desespere. Su sacrificio le hace a usted digno de ser feliz. Carmen le ama a usted... yo se lo juro.
- DALB. ¡Ah! no me haga usted concebir esperanzas irrealizables!
- ELEN. ¡Animo! ¡Adios, caballero!... ¡Gracias con toda mi alma... ¡Adios!
- DALB. ¡Brisquet!

BRIS. ¡Mi capitán!
DALB. ¿El coche?
BRIS. Espera a la puerta.
ELEN. Gracias. (Vase.)

ESCENA IV

D'ALBOIZE, luego BRISQUBT

DALB. Con ella se va toda mi alegría, toda mi juventud, toda mi esperanza! ¡Ah! ¡vida miserable! ¡Consumemos el sacrificio! Brisquet.

BEIS. ¡Mi capitán!

DALB. Ensilla tu caballo... Vas a ir a Tours... Yo tengo que volverme a la Fábrica...

BRIS. ¿Y luego, mi capitán?

DALB. ¿Recuerdas aquel cofrecito de hierro que hay en mi baúl?

BRIS. Sí, mi capitán.

DALB. Esta es la llave. Abrelo, saca una cartera de piel de Rusia que hay en él y trémela enseguida.

BRIS. Está bien, mi capitán. (Vase Brisquet y suena un toque de corneta.)

DALB. ¡Soldado! ¡Esa es tu familia! ¡El regimiento! ¡Allí está tu amor, la gloriosa bandera!

FIN DEL ACTO PRIMERO

Odor de Dios! qué precioso ejemplar!
Mirad, mirad qué tubérculo más intere-
sante! Es una creación excelsa encima
de una miserable nariz! Un tesoro
exuberante de belleza nunca visto!
Un prodigio de nuestra madre Natura-
lesa!

La formación de tan precioso fenómeno
ha sido producida por la irradiación
de los elementos morbosos acumulados
en el órgano del individuo tomando
por base una extremidad prominente
la nariz! = Qué dulzura de expresión
en las líneas! qué rubicundas! qué
suavidad de frote!

...the first part of the ...
...the second part of the ...
...the third part of the ...
...the fourth part of the ...
...the fifth part of the ...

...the sixth part of the ...
...the seventh part of the ...
...the eighth part of the ...
...the ninth part of the ...
...the tenth part of the ...

La adquisicion de tan hermoso
farinaceo ha de ser de muy grande
utilidad para el estudio de la
moderna terapeutica.

¿Qué no hubieran pagado nuestros
antepasados por poseer un tesoro
como el que á nosotros nos ha deparado
la divina providencia?

The following is a list of the
names of the persons who
were present at the meeting
held on the 1st of January
1850 at the residence of
Mr. J. W. Smith in the
city of New York.

7
e



ACTO SEGUNDO

La escena representa una sala del hospital, en un antiguo convento de Tours. En el fondo izquierda el despacho del ecónomo, con dos puertas: una interior a la izquierda, y otra comunicando con la escena. Dos puertas al fondo de la sala, una un poco a la derecha que da al patio y otra a la izquierda que conduce a la enfermería, ambas provistas de vidrieras, a la derecha segundo término, puerta de entrada; en el ángulo que forman el despacho del ecónomo y la pared del fondo habrá una mesita para el botiquín. Al lado de esta mesita un banco adosado a la baranda del despacho. A la izquierda primer término otro banco adosado a la pared. En el fondo derecha un pequeño aparador sobre el cual habrá un jarro de agua traído por la Hermana de la Caridad.

ESCENA PRIMERA

SOR MODESTA, ocupada en cosas del botiquín, CACHALOTE y TRINQUETE, sentados en un banco, UN ENFERMO, esperando en el fondo.

- CACH. ¿Es la primera vez que viene usted al *hospital*?
- TRIN. A este, sí.
- CACH. ¡Zambomba! ¡Vaya un adorno que lleva usted en la nariz! Parece el remate de la torre Eiffel. Podría usted poner un observatorio.
- TRIN. ¿De veras? no se ha visto cosa igual.

- CACH. ¿Viene usted para que se lo quiten
TRIN. ¡Cal hombre... una berruguita!
CACH. ¡A eso le llama una berruguita!
TRIN. ¡Bueno! Una berruga con la cual hace seis años que me gano la vida, y que va ser el sostén de mi vejez.
- CACH. ¡Cómo! no comprendo.
TRIN. Pues es muy claro. Llego a un hospital; me tratan a cuerpo de rey. El médico exclama enseñando mi nariz a los practicantes: «Señores, miren ustedes que magnífico *nascicus efflorescens protuberax gigantesco*» y a mí me dice con mucho mimo: «No tenga usted cuidado, le quitaremos ese estorbo.» Yo no digo ni sí, ni no. Me tocan, me examinan, tienen conferencias, la cosa dura al menos ocho o quince días, entonces hablan de operar, yo... yo vacilo durante ocho días más; por último declaro que no quiero que me corten nada, y me largo con mi *nascicus efflorescens protuberax gigantesco* a otro hospital. En invierno recorro los del mediodía, esta primavera me la paso en Turena. El próximo verano explotaré los puertos de mar.
- CACH. Pero llegará un día en que habrá usted agotado todos los hospitales de Francia y no tendrá mas remedio que...
- TRIN. Entonces pasará a las colonias... ¿Esto?
¡Cualquier día me lo dejo yo cortar!
- CACH. Pues yo tengo otro sistema. Usted que frecuenta los hospitales, ya sabe que los administradores y los médicos siempre están de punta.
- TRIN. Si el uno dice blanco...
- CACH. El otro dice negro..., pues bien camarada, yo saco partido de esa desavenencia.
- TRIN. ¡A ver! ¡A ver! Explíqueme...
- CACH. ¡Silencio! Esa hermana nos observa.

ESCENA II

Dichos y CARACOL

CARA. Sor Modesta, acabo de frotar el suelo de nuestra sala... Brilla como un espejo, ya puede venir a hacer su visita el doctor Vernier.

SOR Gracias, mi buen señor Broquín... ¡Ah! ¡Si todos los enfermos del hospital de Tours fueran tan complacientes como usted!...

CARA. No hago mas que cumplir con mi deber, hermana. Después de la desgracia de romperme la pata... digo el pie al caer de un andamio en esa quinta, he tenido la suerte de ser cuidado por usted durante seis semanas...

SCR Ya está en disposición de volver a trabajar.

CARA. El cielo ha bendecido los esfuerzos de mi bondadosa enfermera, y el doctor prometió darme hoy de alta.

SOR En adelante sea usted más precavido; los albañiles cometen demasiadas imprudencias.

CARA. Nos acostumbramos al peligro, viene un descuido, y... ¡patapúm!

SOR Le echaremos a usted de menos. Son raros los enfermos tan dóciles como usted y que cumplan tan asiduamente los preceptos religiosos.

CARA. El mérito no es mío, Sor Modesta, sino de la educación cristiana que he recibido.

SOR Tome usted; aquí tiene lo que le prometí el domingo después de la comunión. (Le da una moneda.)

CARA. Esa es demasiada bondad para un pobre pecador... (¡Luego dirán mal de la religión!)

SOR ¡Ah! ahí viene el Doctor con los señores practicantes.

ESCENA III

Dichos, EL DOCTOR, ALBAN, Alumnos, Enfermeros, Practicantes,
luego EL ADMINISTRADOR.

- DOC. Buenos días, Sor Modesta ¿qué hay de nuevo esta mañana?
- SOR Dos enfermos, señor Doctor.
- ENF. Señor Doctor...
- DOC. Vaya usted a sentarse.
- ENF. ¡Oh! no señor, prefiero estar de pie.
- DOC. A ver, usted. ¡Oh! señores miren ustedes, ¡qué magnífico caso de *nascicus efflorescens protuberax gigantescus!*... es el más curioso que he visto en mi vida.
- TRIN. (¿Eh? Lo que yo dije.) (A Cachalote.)
- DOC. Una interesante operación en perspectiva. Hay que quitar ese estorbo, amigo mío.
- TRIN. ¿Le parece a usted, señor Doctor?
- DOC. ¡Naturalmente! esta excrecencia debe molestarle.
- TRIN. Es que... una operación...
- DOC. No se asuste... antes de operarle se le cuidará bien. ¡Entendidos! Queda usted admitido en mi servicio. Usted ahora, acérquese usted.
- ENF. Señor Doctor...
- DOC. ¡Ah! es necesario que el señor Administrador... ¿aun no ha venido? no está... ¡claro! a ese señor Administrador no se le ve nunca en su puesto. Lo siento, amigo mío, pero no puedo darle una cama sin que el señor Administrador...
- SOR Aquí está el señor Administrador...
- ADM. ¿Quién me llama? ¿Qué ocurre? ¿Arde, por ventura, el hospital?
- DOC. Gracias a Dios que se le ve al fin, de lo cual me alegro mucho.
- ADM. También me alegro de ver a usted, ¿qué tiene usted qué decirme?

- Doc. Señor Administrador, el caldo que dan a nuestros enfermos no es más que agua caliente.
- ADM. Pues con agua caliente se hace el caldo, nunca he visto hacer caldo sin agua.
- Doc. Pero usted ha encontrado el medio de hacerlo sin carne. Tosa usted.
- ADM. Pero, señor Doctor...
- Doc. ¡Le digo a usted que tosa!
- ADM. Si se convierte el hospital en un sitio de delicias, no es extraño que esté lleno. Si los enfermos se encontrasen aquí peor que en su casa, no habría tantos.
- Doc. ¡Otro! El número tres ¿qué quiere usted?
- CACH. Yo quisiera entrar en el hospital.
- Doc. ¿De enfermero?
- CACH. No, señor; de enfermo.
- Doc. ¡Cómo! ¿enfermo usted?
- CACH. De plano, lo de siempre, a usted le parece que estoy bueno ¿verdad?
- Doc. ¡Claro! un coloso...
- CACH. Precisamente, esta es mi enfermedad.
- Doc. ¿Su enfermedad? ¿Qué enfermedad es esa?
- CACH. Ahí verá usted... ningún médico ha sabido ponerle nombre.
- Doc. ¡Ah!
- CACH. He consultado a los más célebres, a los más listos, ninguno de ellos, señor, ninguno ha podido adivinar mi enfermedad. Entonces me han dicho, «no hay más que un hombre en el mundo, capaz de curarle, el doctor Vernier, del hospital de Tours.» Y entonces he venido.
- Doc. ¡Ah! con qué le han dicho...
- ADM. ¡Capaz será de admitirlo!
- Doc. Lo admitiré si quiero. ¿De qué se queja usted? ¿Qué es lo que tiene?
- CACH. ¡Demasiada salud! El corazón, el hígado, las tripas, lo tengo todo como hinchado.
- Doc. ¡Ah!
- CACH. Sobre todo el estómago; aunque me coma un caldero de callos, y otro de habichue-

las y seis libras de pan, al cabo de una hora, como si nada... volvería a comer otro tanto; ¡ si se trata de beber vino, ya puede usted echar cuartillos, un tonel es poco para mí... ¿es esto natural? Un hombre sano, después de beber la décima parte de lo que yo bebo, estaría borracho como una cuba, pues yo, tan sereno! ¿Le parece a usted que esto es natural, señor Doctor?

DOC.

No.

ADM.

¿Va usted a admitir a ese hombre como enfermo?

DOC.

¿Por qué no?

ADM.

¿No ve usted que se está burlando?

DOC.

De mí nadie se burla, caballero.

ADM.

¿Y es usted capaz de diagnosticar su enfermedad?

DOC.

¡Perfectamente! Es un caso interesantísimo de bulimia adiposa crónica; queda admitido... ¿entiende usted? queda admitido. Vamos, señores. (Vase.)

ADM.

¡Ah! Los hospitales no andarán bien hasta que se supriman los médicos (Vase.)

CACH.

¡Eh! ¿qué le parece a usted mi oficio?

TRIN.

¡De primera, hombre, de primeral!

CACH.

Caracol. (Vase.)

CARA.

No se olvide usted de mi alta, Sor Modesta.

SOR

Descuide usted.

ESCENA IV

SOR MODESTA, CARACOL, UN MOZO DE SALA,
luego CEFERINA

Mozo

Señor Broquin, ahí está su esposa que pregunta por usted.

SOR

¡Su esposa! me dijo usted que era soltero.

CARA.

Lo soy... y no lo soy. ¿Usted comprende?

CEFE. ¿Dónde está mi pobre Eusebio? ¿dónde está mi Eusebio?

CARA. Aquí está, Ceferina, no te acalores.

SOR ¿No dijo usted que se llamaba Nicolás?

CARA. Eusebio, Nicolás, Broquín...

MOZO ¡Calla! y su mujer se llama Ceferina Courbe de Petard.

CEFE. Petard es el nombre de mi marido.

SOR ¡Cómo!

CARA. (¡Ya metió la pata!)

SOR ¿Vive usted con una mujer casada?

CARA. ¡No, hermana, no, divorciada!

SOR ¡Divorciada!

CARA. Es decir, divorciada de su marido muerto.

SOR ¡Ah! ¿viuda entonces? Aquí le tiene usted completamente restablecido.

CEFE. Mire usted que fué desgracia, romperse la pierna saltando una pared así de alta.

SOR Yo creía que se había caído de un andamio.

CARA. De un andamio colocado en la pared, en efecto; la pared era bajita, pero el andamio era muy alto.

CEFE. ¿Usted cree que no va a quedar impedido para trabajar?

SOR ¡Cá! Tiene buenos brazos.

CARA. Pero como en el oficio de afilador, se maneja el manubrio con el pie.

SOR ¡Si dijo que era albañil!

CARA. Albañil, afilador. En verano, cuando la fabricación va bien, hago de albañil; en invierno cuando falta trabajo, me busco la vida con mi muela acuestas.

SOR ¡Ah, vamos! Usted siga bien, señora. (Vase.)

ESCENA V

CEFERINA, CARACOL

- CEFE. Y bien, ¿así es como recibes a tu mujercita?
- CARA. ¡Valiente majadera está la mujercita!
- CEFE. ¡Cómo?
- CARA. No has hablado una sola vez sin meter la pata.
- CEFE. ¡Pero, Eusebio!
- CARA. Afortunadamente la hermana tiene unas tragaderas como las bocas del Ródano.
- CEFE. A mí que no me vengán con camándulas. Las trapacerías me trastornan la cabeza.
- CARA. Se te conoce.
- CEFE. Pero escucha, Caracol de mi alma, en vez de reñir a tu Ceferina deberías darle las gracias por los negocios que te ha preparado, para cuando salieses del hospital.
- CARA. ¿De veras? ¿Hay algún negocio bueno?
- CEFE. ¡De primera! Siguiendo las instrucciones que me diste al entrar aquí, fui a pedir hospedaje a mi hermana.
- CARA. ¿Y Claudinet, nuestro sobrinito? ¿Todavía tose tanto?
- CEFE. Sí, el pobre se va del pecho.
- CARA. ¿Hablabas de un negocio?
- CEFE. ¡Ah! sí. Verás. Mi hermana tiene una parroquiana que está de cocinera en la casa donde vas a poder dar el golpe.
- CARA. ¿Qué golpe?
- CEFE. Déjame explicar...
- CARA. Habla, pico de oro.
- CEFE. ¡Qué guapo eres cuando estás amable!
- CARA. Déjate de zalamerías; al grano. ¿Qué casa es esa?
- CEFE. Un verdadero palacio con la mar de cosas de oro y plata.

- CARA. ¿Quién lo habita?
CEFE. Un señor de Saint-Hyriex, cónsul o embajador, su señora, y otra señora con un niño.
- CARA. ¡Demasiada gente!
CEFE. Espera, hombre; el cónsul se embarca con su esposa, mañana mismo, para no recordo qué punto de las colonias, y la otra dama se queda sola con el niño.
- CARA. ¿Es decir que no hay más que ir allá y cargar con la plata? ¿dónde está el hotel?
CEFE. En el parque de los Príncipes.
CARA. En París, entonces...
CEFE. ¡Claro! Yo te hablaba de París.
CARA. ¿Y si no hay plata de qué echar mano?
CEFE. Hay un medio muy sencillo de obtenerla.
CARA. ¿Qué medio?
CEFE. Secuestrar al niño.
CARA. ¡Hum! Ese ya es otro cantar.
CEFE. ¡Nos fué tan bien con el secuestro de Monín!
- CARA. Monín no tenía en el mundo más que a su madre, una señora tímida que aflojó en seguida la mosca para recuperar a su hijo.
CEFE. La madre del que yo digo también va a quedarse sola.
- CARA. En fin, ya veremos; si doy con los cuartos, maldita la falta que nos hace el niño.
CEFE. Viene gente.
CARA. ¡Pues lárgate! anda. Espérame ahí fuera. Yo iré tan pronto como me hayan firmado el boletín de salida.
- CEFE. Mejor será que te espere en la taberna.
CARA. Bueno, pero no vayas a tomar una de tus pítimas.
CEFE. ¡Hasta luego, rey mío!
CARA. ¡Hasta luego, cotorrita real!

ESCENA VI

CARACOL, UN AGENTE de orden público, SOR MODESTA,
BRISQUET, ALBAN, UN MOZO DE SALA

- AGEN. ¡No hay nadie en el despacho! Traemos un herido.
- CARA. Hay que tocar la campana; parece que la cosa es grave. (Toca.)
- AGEN. Gravísima:
- ALB. ¿Qué hay? ¿Qué hay?
- AGEN. Un pobre artillero que llevaba sin duda algún parte urgente. Su caballo iba a galope tendido, cuando se cayó en la esquina de la calle Nueva. El animal quedó muerto en el sitio.
- ALB. Y al jinete poco le falta
- AGEN. Se estrelló en el borde de la acera
- SOR ¡Infeliz!
- ALB. ¿Dónde está el ecónomo?
- MOZO Ha ido a almorzar.
- ALB. ¡Naturalmente! Corre a buscarlo. Es preciso que me firme una papeleta y que me den una cama para este hombre.
- MOZO No le gusta que le molesten cuando come.
- ALB. Date prisa ¡anda! Mientras tanto conveniría que fuese usted a dar aviso al comandante de la plaza; está a dos pasos de aquí,
- AGEN. Sí señor. (Vase.)
- SOR Parece que vuelve en sí.
- ALB. Sí, pero la parálisis es casi absoluta, es un caso curioso y bastante frecuente de afasia motriz completa. No da con las palabras que quisiera pronunciar, aunque conserva todo el conocimiento. Los músculos obedecen a su voluntad y sin embargo la lesión cerebral causada por su caída, imposibilita el lenguaje articulado.
- SOR. ¿No hay nada qué hacer?

- ALB. Sí. Quizá la operación del trépano, dentro de un rato; por si acaso, vaya usted a prepararlo todo, hermana, porque no habrá un instante que perder.
- BRIS. Car... car... ter...
- CARA. ¡Habla!
- ALB. Quiere hablar, pero no puede.
- CARA. En efecto, parece que quiere decir algo.
- ALB. No lo dirá. Falta el lazo de unión entre el pensamiento y la palabra. Tal vez pueda articular alguna sílaba en relación con la idea que más le preocupa. Entonces será como intoxicado por esa misma sílaba, y y morirá indudablemente sin haber pronunciado otra. Tal vez se reanimaría con una inyección de éter... sí; voy a probar... corre a la farmacia... no, iré yo mismo. Quédate al lado del herido; pierde cuidado, no se moverá.

ESCENA VII

CARACOL y BRISQUET

- BRIS. Car... ter...
- CARA. ¿Qué diablos murmura?
- BRIS. Car...
- CARA. ¿Car?... ¿Caracol?... ¡Si me conocerá!
- BRIS. Car... tera...
- CARA. ¡Cartera? ¡Ah! ¡Ya caigo! ¡Una cartera! (Le registra los bolsillos.) ¡Un portamonedas!
- BRIS. ¡Cartera!
- CARA. ¡Sí, la cartera! ¡Ah! Aquí está; cerrada con llave. ¡Ya la abriremos!

ESCENA VIII

Dichos, ALBAN, D'ALBOIZE, EL AGENTE, EL MOZO, SOR MODESTA, LOS PRACTICANTES

- ALB. ¿Y bien?
CARA. Sigue lo mismo. Se revuelve como un condenado.
- ALB. Vamos por de pronto a probar con el éter.
AGEN. Por aquí, mi capitán.
DALB. ¡Brisquet! ¡Mi pobre Brisquet! Dispense usted, doctor. Éste pobre muchacho es mi asistente, acabo de saber su desgracia... ¿Usted responde de él, verdad?
- ALB. Capitán, abrigo pocas esperanzas de salvarle.
- DALB. ¿No tiene remedio?
ALB. A menos de un milagro, entiendo yo que es cuestión de minutos.
- DALB. Ha sufrido el accidente ejecutando una orden mía. ¡Brisquet! ¡Soy yo... tu capitán! Me reconoces, ¿verdad?
- ALB. Sí, le reconoce a usted, pero no puede contestar.
- BRIS. Car... car...
DALB. ¡Quiere hablar!
ALB. No puede. Sin embargo con la inyección subcutánea de éter, tal vez recobre un instante la palabra.
- CARA. ¡Cómo! ¿Va a hablar?
ALB. ¿Que te da a ti ahora?
CARA. Digo que... es maravilloso. (¡Si habla estoy perdido!)
- DALB. A ver, Brisquet. ¿Dónde están los papeles que te he confiado?
- BRIS. ¡Car... cartera!
DALB. Sí, la cartera... ¿Le ha desabrochado usted el dolmán?
ALB. Sí, señor.

- CARA. (¡Qué curioso es el capitán!)
- DALB. ¡Nada!... ¡No encuentro la cartera! ¡Brisquet!... ¡Brisquet! ¡Vuelve en ti! ¡Haz un esfuerzo! ¡Una palabra! ¡Un gesto!
- BRIS. ¡Car... tera!
- DALB. Sí, la cartera ¿dónde está? ¡Responde! ¡Yo leeré en tus ojos! ¿Por qué no me miras?
- CARA. (¡Por que me mira a mí!)
- DALB. No la encuentro en tus bolsillos. ¿A quién se la has dado?
- BRIS. ¡Roba... robado!
- DALB. ¿Te la han robado?
- CARA. (¿Acabará por hablar?)
- DALB. ¿Pero quién? ¿Quién te la ha robado?
- ALB. Su mirada vuelve a extraviarse.
- CARA. Tal vez no sabe ya lo que dice.
- DALB. Dispense usted, doctor. Sé que es una crueldad atormentar a este pobre moribundo, pero se trata de cosas demasiado graves para que yo no procure tener al menos un indicio... ¡Brisquet! ¿Quién te ha robado la cartera?
- BRIS. ¡Roba... robado!
- CARA. (¿No se acabará de morir el condenado?)
- BRIS. ¡¡Ah!!
- DALB. ¡Brisquet! ¡Brisquet!
- ALB. ¡Se acabó, mi capitán!
- DALB. ¡Muerto!
- CARA. (¡Su agonía me ha hecho sudar!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Salón ricamente amueblado al estilo de Luis XV. A la izquierda, primer término, chimenea; segundo término, una puerta que conduce al cuarto del niño. En el fondo: a la izquierda y a la derecha, puertas con cristales no practicables. En el centro, puerta con cristales practicable y con postigos que puedan cerrarse. A la derecha, último término, puerta del cuarto de Elena: en segundo término, puerta de entrada principal. Jardín con verja en el forillo. Delante de la chimenea, una pantalla, y formando semicírculo de delante hacia atrás, una silla, una butaca, una mesita con un quinqué encendido encima, otra silla, un taburete, un canapé y un biombo, una gran lámpara montada sobre un alto trípode y encendida. Un canapé delante de cada una de las vidrieras no practicables del fondo. A la izquierda del cuarto de Elena, una mesita redonda con una planta verde encima. Entre la puerta principal de entrada y el telón de boca, un pupitre Luis XV; encima del pupitre, un quinqué encendido, delante del pupitre, una silla. En el proscenio, a la derecha, un pequeño canapé de dos asientos. En el centro, una mesa rodeada de los muebles siguientes: delante, un banquillo canapé; detrás, una silla; a la izquierda, una polirona; a la derecha, una butaca. Al levantarse el telón, KERLOR está sentado en una silla, detrás de la mesita de la izquierda, con el NIÑO JUANITO sobre las rodillas; SAINT-HYRIEX, sentado en otra silla, detrás de la mesa central, hojea papeles; CARMEN, de pie delante de la butaca, a la derecha de la misma mesa, metiendo varios objetos en un saquito de viaje puesto encima.

ESCENA PRIMERA

KERLOR, SAINT-HYRIEX, CARMEN, JUANITO

SAIN. Dispéñsenos, mi querido cuñado. Tengo que poner estos papeles en orden antes de mi partida. Siento muchísimo no poder consagrar a usted, exclusivamente, los últimos momentos que pasamos juntos. Pero, amigo, su llegada repentina nos ha sorprendido en medio de los preparativos de nuestro viaje, y no podemos retrasar la marcha. El tren que vamos a tomar es el último que llega a Saint Nazaire a tiempo para la salida del vapor.

KER. Continúe usted, Saint-Hyriex. Yo me tengo la culpa de todo por haber querido darles una sorpresa. Si hubiese avisado mi llegada, ustedes hubieran dispuesto de antemano sus cosas, a fin de poder pasar tranquilamente el día con nosotros y Elena estaría aquí.

CAR. Ten un poco de paciencia, hermano mío. Tu adorada Elena no tardará en volver. Por de pronto, tienes la dicha de poder contemplar su vivo retrato.

KER. Es verdad, Juanito se parece más a su madre que a mí.

CAR. No te pongas tan triste, Jorge. Deja la tristeza para los que se van.

SAIN. La verdad es que si yo no hubiese sabido la pesadumbre que te causaba acompañarme en este viaje, me lo hubiera revelado a todas luces la persistencia de tu aire afligido.

KER. Es muy natural, en vísperas de abandonarlo todo...

SAIN. Permítame usted que le recuerde, mi querido cuñado, que cuando usted se mar-

chó, su mujer lamentaba no poder seguirle, y siento haber de confesar que no encuentro iguales sentimientos en la mía.

CAR.

¿Me he negado, acaso, a seguirte?

SAIN.

Tanto como negarte, no. Pero he tenido que soportar todas las manifestaciones del disgusto que te causaba el tener que acompañarme. Sin embargo yo no te llevo al fondo de un desierto. Si algún interés te inspira mi carrera, debes alegrarte de ver, que, al fin, parece que quieren reparar las injusticias de que he sido víctima hasta hoy. Este cargo de gobernador es un gran ascenso que me prepara todavía más alto destino.

CAR.

Me alegro mucho, amigo mío, de que tus desengaños profesionales tengan al fin su compensación; lo que siento es que no la hayas encontrado menos lejos de mi familia y de mi país.

SAIN.

Por seguir a su marido, Elena estaba dispuesta a abandonarlo todo, hasta sus hijos. Si tuvieras algún hijo de quien hubieses de separarte...

CAR.

Si no tengo hijos, tengo una madre, una madre anciana y enferma.

KER.

Carmen ¿te inspira cuidado la salud de nuestra madre?

CAR.

Era bastante satisfactoria estos días que he pasado en Kerlor de despedida. Pero las enfermedades del corazón lo mismo pueden durar años que matar en una hora. Tu ausencia y la mía no pueden menos de serle funesta.

KER.

¡Estás inquieta!... ¡Vamos! ¡Dímelo todo!

CAR.

No, no; no hay más que lo que te he dicho.

KER.

¿Por qué, entonces, Elena, ha ido tan bruscamente a verla, cuanto tú la acabas de dejar?

CAR.

Pues... muy sencillo... Temí que mi partida la hubiese afectado, alterando su salud;

y para tranquilizarme, Elena ha querido ir a pasar el día a su lado.

KER. ¿Ves? Estabas intranquila ¡ah! mejor hubiera hecho yendo yo allá también.

CAR. ¡No! Elena va a llegar de un momento a otro, puesto que ha de volver antes de que nos marchemos. Además, nuestra madre te cree a cien leguas de aquí y tu brusca aparición podría causarle una emoción funesta.

KER. Tienes razón; pero yo no sé esperar. No soy diplomático como tu marido, soy violento. Además, ten en cuenta que acabo de pasar dos años en el aislamiento más atroz, con inquietudes y dudas mortales... ¿Qué hará mi Elena? ¿Pensará en mí? ¿Me amará todavía? ¿Será capaz de olvidarme? ¡Ah! ¡la ausencia es el fermento de los celos!

CAR. ¡Cómo! ¡Tú, celoso de Elena!... De la más honrada, de la más pura de las mujeres... Y enamorada, locamente enamorada de ti?

KER. ¡Ay, hermana mía! me avergüenzo de haber tenido celos. Pero ¿hay algún amante verdaderamente apasionado que no esté celoso?

CAR. Así razonáis los hombres. ¡No llames amor a lo que es bajeza y egoísmo!

SAIN. ¿Y el sentimiento de nuestra dignidad?

CAR. Extraña dignidad la que puede arrastrar a un hombre bien educado a la violencia y al espionaje.

KER. Gracias a Dios aun no he llegado a tal extremo, hermana mía. ¡Ah! Qué días tan felices voy a pasar entre mi Elena y nuestro hijo! Se ha dormido.

CAR. Es ya tarde para la pobre criatura. Haremos que lo lleven a su camita.

KER. Voy a llevarlo yo. Duerme, hijo mío. Para consolarse, tu madre al menos te tenía a ti; mientras que yo, lejos de vosotros, sufría terribles añoranzas. ¡Cómo se parece

a su madre! ¿Verdad? ¡Pobre Carmen! ¡Te compadezco!

CAR.

¿Por qué?

KER.

¡Porque no tienes hijos!

ESCENA II

SAINT-HYRIEX, CARMEN

SAIN.

Decididamente es usted muy severa para los celosos y Kerlor ha llegado muy a propósito para defenderme.

CAR.

Si mi hermano supiese lo que hoy mismo ha pasado entre nosotros dos, tenga usted la seguridad de que no tomaría la defensa de la brutalidad y la injusticia.

SAIN.

Perdone usted, amiga mía, reconozco que mis sospechas eran injustificadas. No por ser diplomático, como dice Jorge, dejo de ser marido, y marido celoso de su honra, y usted no puede negar que las apariencias al menos eran contra usted. Una denuncia odiosa, infame, si usted quiere, pero formal, me advierte que con frecuencia recoge usted cartas en la lista de correos. Usted sale, yo la sigo, se dirige usted exactamente a la administración que me ha sido indicada, pide usted una carta, se la dan. Cediendo a un impulso involuntario, excusable en semejante situación, le arrebató la carta de las manos. Leo el sobre: iba dirigido a Elena de Kerlor.

CAR.

Prueba indiscutible de lo injusto de sus sospechas...

SAIN.

Por las cuales pedí perdón inmediatamente.

CAR.

Déme usted, pues, la carta.

SAIN.

¡No, no!

CAR.

¿Conqué derecho se la guarda usted? Esa carta me fué confiada a mí.

- SAIN. Es posible. Pero yo no admito que tenga usted secretos para mí, y quiero entregar yo mismo esta carta a Elena.
- CAR. Supongo que no va usted a dársela delante de su marido.
- SAIN. ¿Por qué no?
- CAR. ¡Es tan celoso! ¿No oyó usted lo que dijo hace un instante? En un arretrato de celos, es capaz de cometer cualquier locura, y nadie escaparía a su cólera, ni aun su mujer, ni siquiera su propio hijo.
- SAIN. ¿Elena es culpable?
- CAR. ¡Qué! ¿osa usted sospechar de la más pura, de la más irreprochable de las mujeres.
- SAIN. Entonces ¿a qué viene ese misterio?
- CAR. ¿No comprende usted que la mujer más honrada puede tener un secreto para su marido?
- SAIN. No, señora.
- CAR. ¡Cómo! Un acto caritativo, una buena acción que él debe ignorar...
- SAIN. No dudo de la inocencia absoluta de Elena, y por eso mismo no veo inconveniente alguno en entregarle delante de su marido una carta dirigida a ella.
- CAR. ¿Y si Jorge sospecha algo? ¿Y si la interroga?... ¿No teme usted sembrar la discordia entre dos esposos que tan felices son en la confianza, en el respeto y en el amor que mutuamente se inspiran? ¡Oh! no cometerá usted esa mala acción, caballero. ¡Va usted a entregarme esa carta!
- SAIN. ¡Cuidado, señora! ¡Su indignación y su insistencia podrían infundirme sospechas! Entregaré yo mismo esta carta a Elena, en presencia de su marido. Si es inocente, no importa que Kerlor se entere. Si no lo es, no puedo tolerar que se haga usted cómplice de una traición.
- CAR. ¡Paró un coche!... ¡Es ella!... ¡Por última vez, caballero!

SAIN. Mi resolución es irrevocable, señora.
CAR. No olvidaré jamás esa mala acción.
SAIN. ¡Como usted quiera!

ESCENA III

CARMEN, SAINT-HYRIEX, ELENA, después KERLOR

CAR. ¡Por fin! No sabes con que impaciencia te aguardamos.

ELEN. ¡Buenas noches, Carmen! Buenas noches, Saint-Hyriex. ¡Ah! ¡estoy rendida!

CAR. Pronto habrás olvidado tus fatigas con la alegría que te espera.

ELEN. ¡Una alegría!... ¿Qué alegría es esa?

CAR. A ver si adivinas...

ELEN. No sé... No comprendo...

KER. ¡Elena!

ELEN. ¡Ah! ¡Jorge! ¡Jorge!

KER. ¡Elena! ¡Esposa mía!... ¡Cómo! ¡Lloras!

ELEN. La alegría... tan inesperada... tan intental... ¡Ves! Apenas puedo hablar para decirte la dicha que experimento.

KER. No tienes necesidad de hablar. Tus ojos dicen lo que no puedes explicarme.

ELEN. Te estoy viendo, te tengo a mi lado y me parece mentira... ¡Hace tanto tiempo que perdí la costumbre de ser feliz! ¿Cuándo llegaste?

KER. Esta mañana.

ELEN. ¡Y yo sin estar aquí! ¡Hubiera podido verte más pronto! ¿Vuelves definitivamente?

KER. ¡No! ¡por desgracia!... Tendré que partir otra vez dentro un par de meses.

ELEN. ¡Calla, calla! ¡No quiero saber cuando partes, ni si partes siquiera! ¡Sólo quiero saber que estás aquí, y que soy feliz, muy feliz!

- KER. ¿Y mi madre?... ¿Cómo sigue mi madre?
ELEN. Creo que bien.
KER. ¿Cómo que crees?
ELEN. Es decir...
CAR. ¿No acabas de verla?... puesto que llegas de Kerlor. Se lo he dicho a Jorge.
ELEN. ¡Ah! sí... sí... es verdad... no sé lo que me digo... mi trastorno... mi cansancio...
KER. ¡Entonces mi madre!...
ELEN. Tranquilízate. Sigue bien.
KER. Carmen me había alarmado.
ELEN. ¿Por qué?
CAR. Porque temía que mi partida quebrantase aun más la salud de la pobre anciana.
ELEN. Sí... su partida...
CAR. Y expliqué a Jorge que tuviste la bondad de ir a Kerlor para tranquilizarme.
ELEN. Sí.
KER. ¿Y cómo encontraste a nuestra pobre viejecita?
ELEN. Bien... bien.
KER. ¿Te hablaría de mí?
ELEN. Sí.
KER. ¡Pero, explícate, cuéntame! ¿Qué has hecho?... ¿Qué habéis dicho? ¿Cómo la has dejado?
ELEN. Perdona... luego te diré. En este momento no veo más que a ti, no puedo hablar más de de ti.
CAR. Tiempo tendréis de hablar a solas. Hay que pensar en nuestra partida.
SAIN. Sí, la hora se aproxima.
CAR. ¿Quieres ayudarme, Elena, en mis últimos preparativos?
KER. ¿Y los papeles que tenía V. que confiarme?
SAIN. Para depositarlos en casa de mi notario. Ahí los tengo. Venga V. y se los daré con mis instrucciones.
CAR. Voy a hacer bajar nuestros equipajes.
KER. Estás muy pálida.
ELEN. ¡La sorpresa... y la dicha!

(Vánse Kerlor y Saint-Hyriex.)

ESCENA IV

CARMEN y ELENA

CAR. ¡Por fin! Creí que no llegaríamos a estar solas un momento. ¿Le has visto?

ELEN. Sí.

CAR. ¿Y bien?

ELEN. Estás salvada.

CAR. ¡Ah!

ELEN. Trabajo me ha costado, pero lo he convenido. La lucha ha sido violenta. En fin, tengo su palabra y es incapaz de faltar a ella.

CAR. ¡Ah! mi querida Elena. ¿Cómo pagarte?...

ELEN. Cumpliendo la tuya. Cesando toda relación con él.

CAR. ¿Todo acabó entonces?

ELEN. Es preciso, Carmen, es preciso que renuncies al amor culpable que tantas angustias te ha causado, que estuvo a punto de acarrear verdaderos desastres a nuestra familia, que me ha obligado a mentir por primera vez a Jorge. Cuando yo hubiera querido abandonarme a la alegría que rebosaba de mi corazón, he tenido que inventar una historia, con la torpeza del que no sabe mentir. Bien claro ha visto que yo estaba turbada, y si tú no me ayudas a urdir la mentira, no sé lo que hubiera dicho. ¡Ay, Carmen! Estas cosas son horribles.

CAR. Calcula las desgracias que has evitado con la mentira.

ELEN. Esa idea solamente puede borrar de mi espíritu el horror y la repugnancia de lo que acabo de hacer. En fin, ya hemos salido del tremendo paso.

CAR. ¡Aun no!

- ELEN. ¡Cómo! ¿Hay más todavía?
- CAR. Esta mañana fui a correos sabiendo que encontraría una carta de Roberto en la lista. Me la entregaron y mi marido que estaba detrás de mí, me la arrebató de las manos.
- ELEN. ¡Dios mío!
- CAR. Avisado por un anónimo me había seguido.
- ELEN. ¿Leyó la carta?
- CAR. No.
- ELEN. Entonces...
- CAR. La tiene en su poder pero no la ha abierto.
- ELEN. ¿Por qué?
- CAR. Porque... ¡Ah! ¿me perdonarás, hermana mía?
- ELEN. ¿Qué he de perdonarte? ¡habla!
- CAR. No la ha leído porque el sobre va dirigido a Elena de Kerlor.
- ELEN. ¿A mí? ¿a mí? ¿Te hacías dirigir a mi nombre las cartas de tu amante? ¿Comprometías así mi reputación, mi honra, para disimular tu falta? Y en este momento tu marido puede creer que...
- CAR. Elena, ¡perdóname! ¡perdóname por caridad! ¿Podía yo pensar en el mal que hacía, si estaba loca? En ausencia de Jorge no había para ti ningún peligro, mientras debía temerle todo de Saint-Hyriex.
- ELEN. Pero ¿qué quiere hacer con esa carta?
- CAR. Quiere entregártela a ti misma.
- ELEN. ¿Delante de Jorge?
- CAR. Sí. Pero tranquilízate; le he dicho que se trataba de una limosna que hacía en secreto. No te contradigas y conserva hasta el fin tu serenidad si quieres salvarme.
- ELEN. Es decir, mentira sobre mentira. ¿Y si Jorge sospecha de mí?
- CAR. Te será fácil disipar sus dudas.
- ELEN. ¿Acusándote a ti?
- CAR. Si es preciso dirás toda la verdad. Pero sólo en caso de necesidad absoluta, porque

me sería muy sensible perder el afecto de mi hermano.

ELEN. ¿Y si no quiere creerme?

CAR. ¿No tienes pruebas contra mí? ¿Mis cartas que te ha entregado Roberto?

ELEN. No. Tiene que enviarlas mañana.

CAR. Será preciso que vayas a buscarlas y que las destruyas.

ELEN. No te perdonaré jamás...

CAR. ¡No digas eso! Sé generosa y caritativa hasta el fin. ¿Quieres hacerme aún más desgraciada? He renunciado al hombre que amo más que todas las cosas de este mundo. He abandonado a mi propio hijo, para ir a vivir lejos, con ese hombre a quien odio, bien lo sabes tú. ¿No es bastante cruel mi sacrificio; bastante completa mi desgracia, hartó severa mi expiación? Tú, que te casaste con el hombre que amabas, tú que besas a tu hijo todos los días, ¿puedes compadecermel

ELEN. Perdona, hermana mía, he sido injusta. Expías cruelmente una falta excusable tal vez. Cuenta conmigo, Carmen. Ocultaré a todos y sobre todo a Jorge tu triste secreto. Te compadezco con toda mi alma.

CAR. ¡Ah! ¡Elena! ¡mi querida Elena!

ELEN. No desesperes. Roberto te ama y velará por tu hijo. Enjuga tus lágrimas y confía en mí. ¡Cuidado! Viene tu marido.

ESCENA V

CARMEN, ELENA, SAINT-HYRIEX y KERLOR

SAIN. Llegó el momento de la despedida. ¿Está usted pronta?

CAR. Sí. Mi querida Elena, celebro que no te quedes sola. La presencia de mi hermano te ayudará a soportar nuestra separación.

- SAIN. ¡Ah! Mi querida cuñada, tengo que hacer a usted una restitución.
- ELEN. Esa carta. ¡Ah! sí, ya sé.
- SAIN. ¿Sabía usted?...
- CAR. Jorge, cierra esa maletita.
- ELEN. Esa carta que Carmen se encargó de ir a recoger.
- SAIN. Debo pedir a usted mil perdones por haber violado el secreto de su caridad; para hacerme perdonar hubiera querido asociarme a su buena acción; pero Carmen me ha dicho que quería usted reservársela para usted sola.
- KER. ¿Sirve usted de cartero a mi mujer, Saint-Hyriex? ¿Qué carta misteriosa es esa? ¿Algún mensaje diplomático?
- CAR. Es un acto de abnegación de tu mujer. Son los únicos secretos que puede tener.
- KER. ¡Es tan buena!
- CAR. ¡Una santa!... Y muy digna de ti.
- SAIN. Adiós, mi querida Elena.
- CAR. Quema esta carta y las otras. Adiós, y gracias con toda mi alma.
- ELEN. Adiós, hermana mía.
- CAR. ¡Adiós! ¡No me olvidéis! (Vanse Carmen y Saint-Hyriex.)
- KER. Por aquí... el último adiós.
- SAIN. ¡Hasta la vista! (Dentro.)
- KER. ¡Hasta más ver!
- ELEN. ¡Feliz viaje!
- CAR. Y SAIN. ¡Gracias! (Dentro.)
- ELEN. ¡Pobre Carmen!

ESCENA VI

ELENA y KERLOR

- KER. ¡Pobre hermana mía!
- ELEN. Sí, es resignada. ¡Cómo sigue a su esposo! ¡Y yo que me hubiera alegrado tanto de seguir al mío!

- KER. No puedes imaginarte lo que he sufrido lejos de tí.
- ELEN. Al menos tú tenías tus preocupaciones, tu trabajo para ocupar tu pensamiento, para olvidar.
- KER. ¿Olvidar? ¿Qué palabra es esa? Únicamente vivía de recuerdos.
- ELEN. ¿Entonces me amas lo mismo que antes?
- KER. Más, mucho más. En el aislamiento sentí toda la fuerza de mi amor.
- ELEN. ¡Me debes tanta ternura por tu larga ausencia! ¡Cuántas horas he pasado abismada en tu recuerdo!
- KER. ¡Como yo! Y para no olvidarme de mi deber, tenía que pensar en nuestro hijo, que tenías a tu lado, para consolarte e infundirte valor.
- ELEN. Sí, nuestro hijo era un pedazo de tu alma; pero me faltabas tú. El niño creció, se transformaba poco a poco, y me daba pena el pensar que tú no asistías al desarrollo de esta criatura, tan débil y de viveza de espíritu tan extraordinaria. ¡Cómo se parece a tí! Tiene tus inclinaciones y tu genio. ¡Ah! No has oído sus primeras palabras, no le has visto dar los primeros pasos, y yo no he gozado plenamente esta dicha porque no la compartía contigo.
- KER. ¡Bah! Me desquitaré amándoos el doble.
- ELEN. ¿Lo has encontrado hermoso?
- KER. Sí, es tu vivo retrato.
- ELEN. No, se parece a ti. Ven a verlo dormido; a veces sueña, se sonríe y murmura suavemente: «Dame un beso, mamaita.» ¡Cuántas horas he pasado contemplándole y pensando en tí! Ahora voy a teneros a los dos... mis dos amores... felicidad completa. (Entra un Criado.)
- KER. ¿Qué hay?
- CRIA. Acaban de traer este telegrama para la señora.

- ELEN. ¡Ah! ¡Cielos! (El Criado se retira. Elena lee el parte.)
- KER. ¿Qué ocurre?
- ELEN. Nada, nada.
- KER. Una mala noticia. Te has trastornado. Dame.
- ELEN. ¡Oh! ¡No, no!
- KER. ¡Cómo! ¿No quieres darme ese telegrama?
- ELEN. ¿Para qué? Te digo que nada ocurre.
- KER. ¿Nada? Estás pálida, temblorosa.
- ELEN. Te diré el motivo... luego, más tarde.
- KER. No; ahora mismo. Es una pena, una desgracia... Tengo derecho a saberlo.
- ELEN. ¡Por Dios!
- KER. Temo adivinarlo. Ese telegrama viene de Kerlor, ¿no es cierto?
- ELEN. De Kerlor, sí.
- KER. ¿Mi madre?
- ELEN. Indispuesta, sí, no te alarmes.
- KER. ¡Qué no me alarme, cuando te veo trastornada... cuando no quieres!...
- ELEN. Mañana, Jorge, mañana, en el primer tren, iremos a Kerlor. Tu madre seguirá mejor, sin duda... y...
- KER. ¡La habías dejado bien de salud, esta mañana!...
- ELEN. Sí, pero una indisposición repentina.
- KER. ¿Quién envía ese parte?
- ELEN. El doctor Aubert.
- KER. ¡Enséñamelo!
- ELEN. ¡No, no! ¡Por favor, no lo leas!
- KER. ¡Mi madre ha muerto!
- ELEN. ¡No! vive... ¡te lo juro!
- KER. Entonces, ¿por qué me ocultas ese parte?
- ELEN. Pues... para evitarte la inquietud.
- KER. ¿Pero no ves que la aumentas? ¡Dame! Te lo exijo. (Se lo arranca y lo lee.)
- ELEN. ¡Jorge! Prométeme...
- KER. «La Condesa grave hace tres días. Esperaba verla a usted en Kerlor después de la salida de Carmen. Venga usted inmediatamente.—Aubert.» Este telegrama ha si-

do puesto esta tarde a las cinco. ¿Decías haber visitado a mi madre esta mañana?

ELEN.

¡Jorge!

KER.

¿No has ido a Kerlor?

ELEN.

No.

KER.

No tienes más remedio que confesarlo. ¡Te negabas a enseñar ese telegrama para ocultar tu mentira!

ELEN.

¡Jorge! ¡Mi querido Jorge!

KER.

¿Por qué has mentido? Decías que mi madre estaba bien de salud cuando se está muriendo. ¡Tu viaje, tu día pasado al lado de ella, mentira, mentira todo! Desde que he llegado, cada palabra tuya es una falsedad. ¿Por qué me has engañado? ¿Por qué has mentido?

ELEN.

¡Jorge! Ha sido bien a pesar mío, créeme.

KER.

¡Que te creal

ELEN.

Cuando dije que quería evitarte una pena, era verdad.

KER.

¡Claro! Hay cosas que un marido debe ignorar siempre, ¿no es cierto?

ELEN.

¡Jorge! ¿Sospechas de mí y me ultrajas?...

¡Tú!

KER.

¡No! no quiero sospechar de ti, no quiero dudar de tu lealtad. ¡Sería horrible! Olvida lo que acabo de decir. Ten en cuenta que te amo como un loco, que hace dos años que vivo lejos de ti, que, a mi regreso, tu primera palabra es una mentira, que en mi soledad he sufrido todos los tormentos de los celos. Es odioso, ya lo sé. Y por más que se tenga por esposa a una mujer honrada, y se esté segura de su amor, se tienen celos... y está uno celoso precisamente porque ama y es excusable porque sufre. ¡Perdóname!... ¡Si quiero creerte! ¡Si te creo!

ELEN.

¡Sí, sí, créeme! Es preciso que me des una gran prueba de confianza y de amor, es preciso que me creas ciegamente, y que no me preguntes...

- KER. ¡Que no te preguntes!
- ELEN. Es por tu bien, por ahorrarte una pena.
- KER. Dime, al menos...
- ELEN. ¡No, no! ¡Te lo ruega!
- KER. ¡Vamos! He dominado este primer movimiento de cólera. Estoy seguro de que vas a darme una explicación muy natural, muy sencilla, muy lógica de todo esto... y estoy dispuesto a aceptarla. Pero esa explicación me la debes; ya ves con qué impaciencia la aguardo; no dejes a los malos pensamientos el tiempo de apoderarse de mí, ni a mi cólera el de volverme loco. Habla, dímelo todo de una vez.
- ELEN. ¿No puedes dar crédito a mis palabras?
- KER. ¡Ah! ¡No olvides que acabas de mentir! ¡No exijas demasiado de mí!
- ELEN. ¡Ah! ¡Eres muy cruel!
- KER. ¡Eso no es contestar! ¿Dónde estuviste esta mañana!
- ELEN. ¡Jorge!
- KER. ¿Dónde estuviste?
- ELEN. ¡Por favor!
- KER. ¡Eal! ¡Basta ya de misterios! ¡Fuera reticencias! ¡Y sobre todo fuera mentiras! ¿Por qué veo en ti esa turbación desde que he llegado? ¿Y esa carta misteriosa que te entregó Saint-Hyriex y que ni siquiera has leído? ¡Ah! En tu rostro leo que di al fin con la clave de ese enigma. No temblarías de ese modo si no fueses culpable.
- ELEN. ¿Yo culpable!
- KER. Dame esa carta o te la arrebató a pesar tuyo.
- ELEN. ¡Pues bien! Sí; voy a dártela y te lo diré todo. La culpa será tuya. No olvides que hice todo lo posible para ahorrarte esa pena. ¿Quieres pruebas? Te las voy a dar. ¡No puedo seguir más tiempo dejándome acusar por otra!
- KER. ¿Por otra?

- ELEN. Sí. Hay aquí efecto una culpable a quien iba dirigida esta carta.
- KER. ¿Y es?
- ELEN. ¡Carmen!
- KER. ¡Mi hermana! (Lee la carta.)
- ELEN. Era la pena que quería evitarte, el secreto que quería guardar, ¡ingrato!
- KER. ¡Miserable!
- ELEN. ¡Jorge!
- KER. ¡No bastaba haberme engañado, haberme robado el amor... haber manchado mi honor, mi nombre, mi alma y hasta mis labios, haciéndome amar y besar a ese bastardo maldito, de cuya frente no puedo siquiera borrar con sangre las huellas de mis besos!
- ELEN. ¡Bastardo!... ¿Mi hijo?
- KER. ¡Era preciso, además, que manchases con la calumnia a una mujer honrada, haciendo recaer en mi hermana la infamia de tu conducta!
- ELEN. Pues sí... Carmen... esa carta.
- KER. ¿Qué esperabas encontrar en ella que te disculpase? «Te espero hoy. Es preciso que vengas. Te lo mando yo, el padre tu hijo, tu verdadero esposo ante Dios.»
- ELEN. Pues esta carta...
- KER. Va dirigida a ti y no a Carmen.
- ELEN. ¡Sí! Carmen...
- KER. ¡Carmen no tiene ningún hijo y tú tienes uno!
- ELEN. ¡Jorge!
- KER. Y la traición no es de ayer. No. Tu infamia data de los primeros días de nuestro matrimonio.
- ELEN. ¿Jorge! Eres juguete de un error espantoso.
- KER. ¡Palabras! No encuentras más que palabras para tratar de engañarme otra vez. Pero yo tengo hechos. Ahora, el nombre de tu amante. ¿Quién es el autor de esta carta que no lleva firma? ¡Su nombre!

- ELEN. ¡Yo no tengo amante!
KER. ¡Ah! ¡No lo dirás! Tiemblas por él... ¡Le amas... al padre de tu hijo! ¡No quieres que yo le mate! ¡Antes te dejarías matar tú! ¡Miserable! ¡Pues sea! (La amenaza con un revólver.)
- ELEN. ¡Jorge?
KER. ¡Vete!
ELEN. ¡Escucha, Jorge, créeme!
KER. ¡Vete; si no, voy a matarte! ¡Vete!
ELEN. ¡En nombre de nuestro amor!
KER. ¡Ah! ¡Vete! ¡Vete!

ESCENA VII

KERLOR, luego CARACOL y luego CEFERINA

- KER. Es preciso que yo sepa el nombre de su amante. Quiero que expíen su crimen. Si la arrojó de aquí, irá a buscar a ese hombre y se reirán de mi cólera que los habrá reunido. ¿Y ese niño? ¡Ese niño espúreo que que yo cubría de besos hace una hora, poseerá mi fortuna, mi título y hasta mi nombre! ¡Ah! ¡Dios mío, qué sufrimiento tan atroz! Pero no quiero sufrir solo. Quiero que ella sufra también... ¿Qué ruido es ese? Diríase que alguien intenta escalar el mirador. ¡Si será el amante!... Todo el mundo ignoraba mi regreso... ¡Ah! (Apaga las luces.)
- CARA. No se oye ni se ve nada.
CEFE. Este es el salón.
CARA. ¿Dónde duerme la madre?
CEFE. A la izquierda.
CARA. ¿Y el niño?
CEFE. A la derecha. Cuidado con tropezar, que huy mucho mueble por medio.
CARA. ¿Y la gaveta?

- CEFE.** No lo sé.
- CARA.** ¡Pues, tonta! Eso era lo principal.
- CEFE.** Carga de pronto con el niño, anda, aquí te espero. El rescate es seguro. (Caracol entra el cuarto del niño y vuelve con éste en brazos.)
- KER.** ¡Ese miserable no es el ladrón de mi honra.... ¡Qué intentará? ¡Idea infernal! Si ese hombre fuese el instrumento de mi venganza!
- CARA.** Todo el mundo duerme en casa. Incluso el niño, Ceferina. (Kerlor le cierra el paso, revólver en mano.) ¡Me perdí!
- CEFE.** ¡Ah!
- KER.** ¡Silencio o mueres!
- CARA.** Prefiero callar.
- KER.** ¿A dónde llevas a ese niño?
- CARA.** No iba a hacerle ningún daño, caballero.
- KER.** ¡Responde!
- CARA.** Como entre los pobres la familia es una riqueza, y mi mujer no me da hijos, procuro...
- KER.** Enriquecete con el rescate de los demás. Comprendido. Toma de antemano el de esta criatura. Con tu cabeza me respondes de que no ha de sufrir, y de que en esta casa han de ignorar para siempre su paradero.
- CARA.** ¡Con mi cabeza!... ¡Entendido! (Vase.)
- KER.** Esposa desleal, tu castigo empieza. (Se precipita hacia el cuarto de Elena mientras baja el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Una plaza de aldea. A la derecha la puerta del furgón donde están instalados Caracol, Ceferina, Fanfán y Claudinet. A la izquierda fachada de iglesia con puerta que conduce al interior. Al fondo telón nevado. Figura que es riguroso invierno. Al levantarse el telón aparece Claudinet calentándose en una hoguera que habrá próxima a la barraca, y Fanfán viene por el fondo derecha con un haz de leña.

ESCENA PRIMERA

FANFAN y CLAUDINET

- CLAU. ¿Traes leña, Fanfán?
FAN. Sí... ¡uf! ¡cómo pesa!
CLAU. Ahora hay que soplar.
FAN. ¡Eh! Déjame... soplaré yo. No ves que te hace toser?... Ya está... ¿Viste que pronto ardió?
CLAU. Trae el puchero.
FAN. No tenemos nada que poner más que agua. ¿Duermen todavía?
CLAU. Hace un momento estaban roncando.
FAN. No es de extrañar después de la borrache-
ra que tomaron anoche.
CLAU. ¿Dijo algo para hoy papá Caracol?
FAN. Sí; dijo: Mañana, penitencia, continencia y abstinencia.

- CLAU. Es decir que hoy tampoco comeremos, mi pobre Fanfán.
- FAN. No lo siento por mí. Pero cuando pienso que tú también tienes hambre, es como si me atormentaran dos hambres a la vez.
- CLAU. ¡Bah! No hay que pensar en mí. Sabes que apenas como.
- FAN. Acuérdate de lo que dijo aquel médico que encontramos el otro día: «Ese niño necesita buen alimento, carne y vino».
- CLAU. ¡Carne! ¡Vino! No me faltaban ningún día cuando yo era pequeño.
- FAN. ¿Estabas mejor en el hospicio que aquí?
- CLAU. Ya lo creo. Me acuerdo del gran dormitorio donde había camas con sábanas. Y el refectorio donde comíamos hasta que se nos quitaba la gana. Y las monjas ¡tan buenas! que nos daban besos. Una sobre todo ¡más guapa! con su papalina, blanca como la nieve... Sor Modesta; me mimaba mucho, como si hubiera sido mi madre de verdad. Yo lloré mucho cuando se marchó a cuidar los enfermos de otro hospital, no sé dónde. También me acuerdo de los muchachos que jugaban conmigo a los bolos, al trompo, a una porción de cosas... ¿Y tú?
- FAN. ¿Yo?... exceptuando un perrazo de pelo muy largo, con el que jugaba, no recuerdo dónde, nunca he tenido más amigos que tú, mi pobre Claudinet.
- CLAU. Un día vino una señora, que yo veía por primera vez, me dijeron que era mi madre, que yo no era expósito; que tenía familia...
- FAN. ¿La querías mucho a tu madre?
- CLAU. No tuve tiempo. En seguida nos marchamos. Ella me llevó a la taberna de enfrente. Contó al tabernero que había recogido a su hijo, y que estaba muy contenta. Luego fuimos a casa de otro, donde contó lo mismo, y después a casa de otro... de suerte que al final estaba borracha como una sopa. A mí me daba no sé qué de ver

la. Yo no estaba acostumbrado a semejantes cosas.

FAN. Se había emborrachado porque estaba contenta.

CLAU. Sí, pero se emborrachaba también cuando tenía alguna pesadumbre. Yo empecé a acostumbrarme, pero entonces se murió. Hasta que la hube perdido no comprendí que, después de todo, me quería mucho.

FAN. ¿Crees tú que hay que amar a su padre y a su madre?

CLAU. ¡Vaya si lo creo!

FAN. Entonces ¿papá Caracol tiene razón cuando dice que soy de mala ralea?

CLAU. ¡Ah, no es verdad! Eres tan bueno conmigo.

FAN. Pues si no soy malo ¿cómo es que no quiero a mis padres? Di.

CLAU. Tal vez te pase lo que a mí con mamá. Si se muriesen, tendrías pena. ¡Cuidado que no te oigan!

FAN. No te lo he dicho; pero quiero que lo sepas. Hace medio año ¿te acuerdas de Argentineuil? ¿de aquel robo que cometieron con Cachalote?... Al día siguiente, huimos hacia Dijón.

CLAU. Sí.

FAN. Habían arramblado con la plata de una casa de campo donde no había más que una criada. Era de noche, saltó de la cama y empezó a gritar. Entonces papá Caracol dijo: «A ver como cantas la última lamentación.» De pronto la criada exhaló un gemido... Una cosa horrible; aun me parece que la estoy oyendo... Y después; nada...

CLAU. ¡Oh! ¡La había asesinado!

FAN. Al oír aquello se me subió no sé qué a la cabeza. Cogí mi navaja y si le hubiera tenido cerca lo...

CLAU. ¡Oh! ¡A tu padre!

FAN. ¡Oh! Yo no veía más que un asesino. Esto

acabará mal, Claudinet. Lo mejor sería marcharse.

CLAU. ¿Quieres abandonarme, Fanfán?

FAN. ¡No, huir los dos, muy lejos!

CLAV. Nos prenderían, no tenemos documentos que enseñar a los gendarmes.

FAN. Caracol tiene escondida una caja llena de papeles. Tal vez haya alguno que nos pueda servir. Podríamos aprender un oficio. ¡El de ladrón es horrible! A mí me hubiera gustado mucho ser carpintero, cepillar madera, ¡zig! ¡zag! ver como caen las virtutas finas y rizadas.

CLAU. Pues yo preferiría estar en casa de un herrero para tirar del fuelle. Me gusta ver el fuego que arde. ¡Hace unas cosas con las llamas! Se me figura ver animales raros que se mueven... demonios que bailan... ¡Tonterías! Se me va el tiempo sin sentir, contemplando el fuego. Me pasa algo así como si me calentasen los ojos. Siempre tengo frío.

FAN. Caliéntate, mi pobre Claudinet, caliéntate. ¡Como toses esta mañana! ¿No has tomado todavía tu medicina?

CLAU. Es verdad, no me acordé.

FAN. ¡Pronto! Antes de que despierten. (Saca del furgón una botella que da a Claudinet.) El médico dijo que habías de tomarla todos los días. Esos desalmados no querían dártela.

CLAU. Gracias a que me la compraste tú, mi buen Fanfán. Pero no puedo acostumbrarme a este mal gusto.

(Caracol y Ceferina salen de la caseta.)

ESCENA II

Dichos, CARACOL y CEFERINA

CARA. Ceferina, mira los muchchos como empuñan el codo.

- CEFE. ¡Y nosotros no tenemos nada para enjuagarnos la boca!
- FAN. ¡Anda, Claudinet, cierra los ojos y bebe de un trago; ¡ala! ¡chupa!
- CLAU. ¡Eh!... ¡eh!... ¡eh!... ¡Peeel!...
- CARA. ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Se entra aquí el vino de matute?
- CEFE. ¿Se remoja el gaznate sin convidarnos?
- CARA. ¿Dónde habéis decomisado eso, angelitos? ¡Es moro de ley! ¡A ver si ha sido bautizado! No temas, golosín. No me lo beberé todo... ¡Mil demonios! ¿Qué droga es esta?
- CEFE. ¿Qué, no es de buena marca?
- CARA. ¡Ah, qué porquería!
- CEFE. Es pingoso .. y huele a pescado.
- CARA. ¿Qué bebida es esa?
- FAN. Es aceite de hígado de bacalao. ¡Ea! Se lo ordenó el médico y yo se lo compré para su catarro...
- CEFE. ¡Su catarro! ¿Quieres curarle su catarro? (Arroja la botella por detrás del furgón.)
- FAN. ¡Es natural!
- CEFE. ¿Quieres quitarle el único medio de ganarse la vida?
- CARA. Su cara de moribundo... lo único bueno que tiene... ¿y tú quieres curarle, desalmado?
- CEFE. Por eso será que tu tose menos de algún tiempo a esta parte.
- CARA. ¡Si hasta parece que ha engordado! ¡Ya verás tú! En vez de hígado de bacalao te voy a dar nervio de buey.
- CEFE. ¡Dale! Yo voy a sujetarlo...
- FAN. Yo no quiero que le peguen...
- CARA. ¿Eh?
- FAN. Pégame a mí todo lo que quieras; pero a él, te lo prohibo, sino iré a decir...
- CARA. A decir... ¿qué?...
- FAN. Lo que iré a decir... no quiero decirlo aquí, pero ya tú lo sabes.
- CEFE. ¿Qué? ¡Perc dilo, pillastre, pero dilo!
- CARA. ¡Ea, basta! ¡Y tú, cállate la boca! Voso-

tros, haraganes, a trabajar. A traer provisiones si no queréis ayunar tambien hoy.

- CEFE. ¡A ver si con el hambre os despabiláis!
FAN. Vamos, Claudinet. Tu botella se ha roto, pero pierde cuidado, yo te compraré otra.
CLAU. ¡Si no tienes dinero!
FAN. ¡Lo encontraré! No quiero que tosas. (Van-se.)

ESCENA III

CARACOL y CEFERINA

- CARA. ¡Cria cuervos y te sacarán los ojos! ¡El mundo está perdido! Ya no se respeta nada. ¡Hasta los hijos se atreven con los padres!
- CEFE. Buena lumbre, y una olla de agua; sin embargo hoy no es día de ayuno.
- CARA. Con abstinencia forzosa. ¡Cuando digo que las cosas van mal!
- CEFE. Tú tienes la culpa.
- CARA. Sólo faltaba que tú dijeras eso. ¡Desagradecida!
- CEFE. ¡Temes demasiado por tu pellejo!
- CARA. No tengo más que uno.
- CEFE. ¡Por un solo golpe certero que has dado en tu vida! ¡Si yo estuviera en tu lugar!...
- CARA. ¡Vaya una gracia! Tú eres mujer y probablemente no irías al palo; mientras que a mí... ¡zas!
- CEFE. ¿Estás seguro de que no queda aguardiente en la botella?
- CARA. Sí, queda un poco.
- CEFE. Dí, entonces, que no cabía más en nuestros buches.
- CARA. Esto mata las penas. Tranquilízate, mujer; Cachalote me ha escrito que va a venir y que tiene negocios de primera... Sin con-

tar que nosotros tenemos dos superiores, el niño y las cartas.

CEFE. Tu famosa cartera que birlaste al soldado en el hospital de Tours, y que no contenía más que billetes amorosos.

CARA. Nos los cambiarán por billetes de banco. Deja que el capitán D'A'boize vuelva del Tonkin.

CEFE. ¿Y Fanfán? Hace ya cuatro años que venimos aquí en la época de las cacerías sin poder echar el guante a ese señor de Kerlor, que te confió el niño.

CARA. Pierde cuidado. Ese Kerlor no querrá que cuente su historia y aflojará el parné.

CEFE. Mientras tanto no tenemos nada en qué hincar el diente.

CARA. Ahí tienes a Cachalote.

CEFE. A ese ya nadie le entra. ¡Pero calla! Trae un pimpollo.

ESCENA VI

Dichos, CACHALOTE, ESPINILLA, luego FANFÁN y CLAUDINET

CARA. Al fin pareces, tío parsimonias.

CEFE. Creí que nos daba usted esquinazo.

CACH. ¡Yo hacer esperar a una dama! Mi educación no lo permite. En cambio tú debes permitir que la abrace.

CARA. Es lo único a que te puedo convidar.

CEFE. ¡Siempre amable!

CACH. Traigo un refuerzo. Sa'luda, Espinilla.

ESPI. ¡Buenos días! ¿Qué tal de salud? ¿Bien? ¡Gracias!

CARA. ¡Pero, hombre! ¿De dónde has sacado ese instrumento? ¿Te sirve de ganzúa para tus operaciones?

ESPI. ¡Eh, tío Caracol! ¿Va usted a tomarme el pelo?

- CACH. Tal como lo ves, con su aire *desgalichao*, no hay quien le gane para un atraco en regla, ni para desvalijar al prójimo. Y al que chista le corta la respiración de un golpe, ¡zas! con una prontitud y una limpieza que no hay más que pedir.
- CEFE. Ese al menos se burla del patíbulo.
- ESPI. Por ahora, ¡claro! ¿qu^e arriesgo? No he cumplido todavía los diez y seis años; la ley protege mi cabeza.
- CARA. Aun no tiene diez y seis años, y ya administra los últimos sacramentos. (Ademán de navajazo.)
- ESPI. Sí, pero dentro de tres meses se acaba el privilegio de mi edad, y entonces se acabó también el trabajo de bisturí.
- CACH. ¡Bah!
- ESPI. Cumpló años el 5 de Febrero, ¿verdad, Cachalote?
- CACH. Sí. Fuf yo el que saqué la partida de nacimiento.
- ESPI. El día 4, antes de media noche, tomo el hábito de hombre de bien.
- CEFE. ¡Tiene gracia!
- ESPI. Sí, señora. Como no me sobra nada para ser buen mozo, no quiero que me rebajen la estatura. Pero me he propuesto aprovechar los tres meses que me quedan de servicio activo para hacer fortuna.
- CARA. Para fortuna la nuestra. Estamos dando las últimas boqueadas.
- CACH. Todo se arreglará. ¿Conoces la granja de Chamblay?
- (Fanfán y Claudinet entran por el foro con una gallina.)
- CARA. Aguarda. Los niños sabrán eso.
- FAN. Tome usted.
- CARA. ¡Uná gallina! Gracias a Dios que hacéis algo de provecho.
- CACH. ¿Son tuyos esos pilletes?
- CARA. Sí, a mí siempre me ha dado el flaco por

la familia. ¡Muchachos! ¿Conocéis la granja de Chamblay?

CLAU. Sí, es donde nos dieron patatas el otro día.

FAN. Está a dos leguas de aquí.

CACH. Eso es. El colono presta, ahora, sus veintiocho días de servicio obligatorio. Es casa rica, y como las principales labores del campo han concluído, no quedan más que mujeres; pero se necesita uno que pase por la chimenea y nos abra la puerta por dentro.

CARA. Llevaremos a Fanfán. ¿Y si hay resistencia?...

CACH. Espinilla se encarga. Anda, Espinilla, da a muchachos la primera lección.

CEFE. Escuchad, y aprended, holgazanes.

ESPI. Para los indefensos, una baja hasta el mango. Para los armados, primero una al brazo y en seguida otra al corazón. Para los descuidados, descabello por la espalda.

CARA. Entonces damos el golpe esta noche.

ESPI. Mientras tanto vamos a echar unas copas a la salud del colono. Yo pago.

CEFE. Es gracioso el tipo ese. ¡Eh! Quieto, granujilla.

CARA. ¿Eh, qué es eso? ¿Tiene las manos largas el macaco?

ESPI. Oiga usted; cuando esté harto de su mujer, avise; a mí me gusta el jamón en dulce.

CARA. ¡Háse visto atrevido igual! No respeta nada este diablillo. (Vanse.)

FAN. ¡Esta noche! Oh, no, no iré. (El Bedel sale de la iglesia.)

CLAU. Una limosnita por el amor de Dios.

BED. Largo de aquí, vagabundos. (Vanse Fanfán y Claudinet.)

ESCENA V

EL BEDEL, CARMEN, D'ALBOIZE, por el foro izquierda

- CAR. Quisiéramos hablar con el señor cura.
BED. El señor cura está en el confesionario, señora. Dentro de media hora cantará la misa, una misa conmemorativa que celebra todos los años, tal día como hoy, por encargo de una persona piadosa que viene exprofeso de París. Después de la misa, podrán ustedes verle en la sacristía.
- CAR. Gracias, señor. Aguardaremos. (Vase el Bedel.)
DALB. Hoy la espera es agradable... ¡Pero qué larga y dolorosa ha sido!
- CAR. Ya no esperamos más que al sacerdote que va a bendecir nuestra unión.
DALB. Estoy tan poco acostumbrado a la felicidad que apenas creo en ella.
- CAR. Nos cuesta cara. Tienes razón, Roberto. Durante estos siete años de prueba, la muerte se ha echado en torno nuestro.
DALB. Sin que hayamos podido maldecirla siempre. Gracias a ella, puedo al fin darte mi nombre.
- CAR. Pero ¡ay! Mientras Saint-Hyriex pagaba con la vida su ambición en la Guayana, nuestro hijo moría aquí, lejos de mi ternura.
DALB. Cuando lo hube enterrado y me hallé solo en el mundo, fuíme al Tonkín esperando encontrar la muerte en la guerra.
- CAR. Si la Providencia no hubiese conservado tu vida, hoy sería yo tan desgraciada como pobre hermano que de un golpe perdió a su hijo y a su mujer.
DALB. Kerlor me da lástima. En él se adivina un alma buena y leal agriada por el sufri-

miento y en rebelión contra la suerte adversa.

CAR. ¡Cómo ha cambiado! En ese hombre silencioso y sombrío no encuentro nada de mi Jorge de antes tan expansivo y tan franco.

DALB. ¿Pero cómo murieron la madre y el hijo?

CAR. No sé. En la carta que me escribió el día después de nuestra separación, anunciándome la doble pérdida, mi hermano no me daba ningún detalle, y cuando a mi regreso quise preguntarle, me atajó diciéndome: No me hables de eso, ni ahora ni nunca.

DALB. ¡Pobre Elena!

CAR. ¡Tan buena, tan cariñosa, tan amante de su marido!

DALB. Nadie lo sabe mejor que yo. Aquella noche, su dolor salió victorioso del mío. ¡Y cómo trataba de consolarme asegurándome que me amabas todavía!

CAR. No te engañaba.

DALB. Con que ternura me hacía entrever nuestra felicidad de ahora. (Aparece Elena foro izquierda.) Aun me parece que la estoy viendo, hermosa, grave, pálida de emoción.

ESCENA VI

Dichos y ELENA

DALB. ¡Cielos! ¡Qué miro! ¿Es ilusión? ¿No estoy soñando?

CAR. ¿Qué tienes, Roberto?

DALB. Mira... aquella mujer.

CAR. ¡Ah! ¡Semejante parecido es imposible! ¡Elena!

ELEN. ¿Quién me llama?

CAR. ¡Ah! ¡Eres tú!... ¡Elena! ¡Hermana mía! Yo que te he llorado tanto... ¡Ah! ¡Qué dicha!

- ELEN. No comprendo su alegría.
- CAR. ¡Elena! ¿No me reconoces? ¡Soy yo, Carmen!
- ELEN. Sí, sí, la reconozco a usted y a usted también.
- CAR. Pero ¿en virtud de qué milagro te encuentras viva?
- ELEN. ¿Me creyó usted muerta?
- CAR. Hace siete años, tu marido me anunció tu muerte y la de tu hijo.
- ELEN. ¡Ah! Comprendo. Sí, sí, era más sencillo.
- CAR. ¿El también te creía muerta?
- ELEN. No.
- CAR. Entonces... ¿por qué?
- ELEN. ¿Porqué mintió? Porque así le convenía.
- CAR. ¡Elena, tu frialdad me mata! ¿Por qué me miras de ese modo?
- ELEN. ¿Por qué? Voy a decírselo. Van ustedes a saber todo el mal que me han hecho.
- CAR. ¡Yo tiemblo!
- ELEN. El día en que se marchó usted para la Guayana, poco después de haberme quedado sola con Kerlor, llegó un telegrama anunciando que su madre se moría.
- CAR. ¡Dios mío!
- ELEN. Sólo un medio había para salvarme: decir la verdad; la dije: ¡Mi marido no me creyó! Tenía yo la carta del capitán D'Alboize, que el señor de Saint-Hyriex estuvo a punto de interceptar; pensé tener una prueba en mi favor.
- CAR. Sin duda.
- ELEN. Se la enseñé a Jorge. No se la nombraba a usted en ella para nada, y en cambio todo parecía referirse a mí, a quien iba dirigida.
- DALB. ¡Oh, señora!
- ELEN. Mi marido vió en aquella carta la prueba de que yo tenía un amante y de que ese era el padre de mi hijo.
- CAR. ¡Dios mío!

DALB. No había más que escribirme, ponerme un parte.

CAR. ¡Había un medio de defenderte!

DALB. ¡Yo hubiera acudido inmediatamente!

CAR. ¡La verdad siempre puede probarse!

ELEN. Escúchenme hasta el fin. Después de haber estado a punto de matarme, Kerlor me encerró en mi cuarto. Momentos después vino a abrir y me dijo: «Ya no está aquí ese bastardo, vivo testimonio de tu infamia y de mi deshonra. Te lo ha robado un ladrón miserable que lo educará seguramente en el crimen. Ni tú ni yo le volveremos a ver.»

DALB. ¿Qué dice usted?

CAR. ¡No es posible!

ELEN. ¡Era verdad!

DALB. ¡Su propio hijo!

CAR. ¡Desdichado!

ELEN. ¡Miserable!

CAR. ¡Pero tú tratarías de recuperar a tu hijo!

ELEN. Yo caí como muerta; al día siguiente mis criados me encontraron allí sin sentido y me socorrieron. El señor de Kerlor había partido. Yo sufrí un ataque cerebral. Tardé año y medio en reponerme. Imposible averiguar el paradero del niño... No he podido encontrarlo, ni he vuelto a ver a mi esposo.

CAR. ¡Pobre hermana mía!

DALB. ¡Ah, señora!... ¿Cómo podremos reparar?

CAR. Pero... ¿cómo vives?

ELEN. Preguntando, inquiriendo, buscando, sin encontrar jamás.

DALB. De hoy más seremos tres para buscar a su hijo.

ELEN. A veces temo encontrarlo.

CAR. ¿Qué dices, mujer?

ELEN. Tal vez sea preferible ignorar su paradero, a encontrarme ante el horror de su destino. Si ha muerto ha dejado de sufrir.

CAR. ¡Elena!

- ELEN. ¡No, no! ¡No digo lo que siento! ¡Que me lo devuelvan enfermo, herido, moribundo, pero que me lo devuelvan! ¡Que pueda yo estrecharlo un instante entre mis brazos!
- CAR. ¡Elena! (Salen fondo izquierda Fanfán y Claudinet.)

ESCENA VII

Dichos, FANFÁN, CLAUDINET, luego EL BEDEL, después EL GENDARME

- FAN. ¡Mira, Claudinet, dos señoras de ringo-rango!
- CLAU. Tú podrías birlar los cuartos a la una (1) mientras yo le pido limosna a la otra.
- FAN. ¡Pues andal!
- CLAU. ¡Buena señora, un centimito para comprar pan!
- ELEN. Mira, Carmen... ¡Cuando pienso que uno de estos dos puede ser mi hijo! ¿Eres huérfano?
- CLAU. Sí, señora. (Elena, que sacó el portamonedas le da una limosna y vuelve a guardarse el portamonedas que Fanfán le quita luego.)
- ELEN. ¿Y tu padre?
- CLAU. ¿Mi padre? Nunca lo he tenido.
- ELEN. ¿Y tu madre?
- CLAU. Murió en el hospital.
- ELEN. ¿La has conocido?
- CLAU. Sí, señora.
- ELEN. Ha conocido a su madre. No es mi hijo afortunadamente. ¡Mira esos brazos endebles, aquel rostro demacrado, esos ojos animados por la fiebre. Oye, esa tos de tísico... La enfermedad lo consume. La muerte le acecha. El día menos pensado

(1) Ó a la grande, o a la rubia, según sea la actriz encargada del papel de Elena.

se extinguirá en su miserable cuerpo el soplo de vida que le queda... ¡Ah, sí! ¡Afortunadamente no es mi hijo!

CAR. ¿Y el otro?

FAN. Ya tengo el portamonedas; huyamos.

ELEN. ¿Eres su hermano?

FAN. No, soy su primo. El es sobrino de mis padres.

ELEN. ¿Tu padre y tu madre viven?

FAN. Sí, señora.

ELEN. Tampoco es él.

DALB. ¿Por qué no trabajas?

FAN. Porque no sé. No tengo oficio. Hago lo que ma han enseñado.

ELEN. ¿Son tus padres los que te obligan a mendigar?

FAN. Sí.

ELEN. Y cuando no les llevas nada, te pegarán, ¿verdad?

FAN. Sí.

ELEN. Espera. No quiero que te peguen hoy. Tambien voy a darte algo.

DALB. ¡Aguarda! (Sale el Bedel por la puerta de la iglesia.)

BED. ¡Ah, señora! El señor cura está en la iglesia. Dentro de un cuarto de hora van a decir la misa de usted.

CAR. ¿No lo encuentras?

ELEN. No.

BED. ¿Ha perdido usted algo?

ELEN. Mi portamonedas.

CAR. Se te habrá caído.

ELEN. Ahora mismo lo tuve en la mano.

CAR. Sí, cuando diste limosna a ese niño.

BED. ¿A esos vagabundos? Pues diga usted que uno de los dos se lo ha robado.

ELEN. ¡Oh!

DALB. Por eso huía.

FAN. ¿Yo?

CLAU. No es verdad. No ha robado nada; suéltelo usted.

- BED. Vamos a registrarlos. (Claudinet le hace la zancadilla.)
- CLAU. ¡Regístralo ahora!
- BED. ¡Asesinos! ¡Ladrones!
- GEND. (Sale por el fondo). ¿Qué es eso?
- BED. ¡Ah, señor Badana! Deténgalos usted. Esos pilletes han robado el portamonedas a la señora y han querido asesinarme.
- CLAU. No es verdad. No hemos robado nada.
- GEND. Vamos a verlo. Regístrelo usted, yo le tengo.
- BED. ¡Sujételo usted bien! ¡Ah! aquí está el portamonedas.
- GEND. ¡Un mes de cárcel! Señora, ¿es este su portamonedas?
- ELEN. No es el mío, ¿verdad?
- CAR. ¡No! Ni siquiera se le parece.
- ELEN. ¡No, no!
- GEND. ¡Cosa más singular!
- BED. Sí, por cierto.
- CAR. El tuyo se te habrá caído.
- GEND. Entonces, este ¿de quién es?
- ELEN. Suyo, seguramente.
- GEND. ¿Suyo? ¿Entonces qué hago yo con él?
- ELEN. Pues devolvérselo.
- CAR. Puesto que es suyo.
- DALB. Naturalmente.
- GEND. ¡Suyo... suyo! Falta saber... ¡en fin!... ¡Anda, largo de aquí! ¡Que no os vuelva a ver! Se ha lucido usted, señor apagaluces. (Vase.)
- BED. ¡Vaya usted enhoramala, señor tragaldabas! (Vase.)
- CAR. Escucha, Elena, soy viuda, soy libre, y dentro de pocos días tenía que casarme con Roberto. Pero este matrimonio no se efectuará, no realizaremos nuestro plan de ventura, hasta haberte justificado plenamente a los ojos de tu marido.
- ELEN. ¿Cómo?
- DALB. ¡Le diremos toda la verdad.
- ELEN. ¿Tienen ustedes pruebas?

- DALB. Había una decisiva, las cartas que yo devolvía a Carmen hace siete años. Pero se perdieron.
- ELEN. ¡Ah!
- DALB. Sí. Fué una desgracia, ahora lo que importa es encontrarlas.
- CAR. Entretanto se lo diré todo a Jorge.
- ELEN. No quiero que le diga usted nada.
- CAR. ¿Que no quieres?
- ELEN. Dada mi situación con el señor de Kerlor, yo no puedo admitir más que dos soluciones: una prueba irrefutable, cuya evidencia le confunda, o un arranque de su corazón que le haga adivinar y sentir mi inocencia. Pero no me volveré a humillar hasta defenderme y no permito que nadie lo haga por mí.
- DALB. Me inclino ante su voluntad, señora; pero yo descubriré esa prueba.
- ELEN. Mientras tanto dejen al señor de Kerlor tranquilo en el fondo de Africa.
- CAR. ¡No sabe que está aquí!
- ELEN. Pero ayúdenme ustedes. ¡Ah, sí! Ayúdenme a buscar a mi pobre hijo.
- DALB. Voy a consagrar mi vida a esta noble misión. Cuente usted conmigo.
- ELEN. ¡Gracias!
- CAR. ¿Me perdonas?
- ELEN. Los verdaderos culpables no son ustedes. ¿Me acompañas?
- CAR. ¿A la iglesia?
- ELEN. Es el aniversario de mi matrimonio, y todos los años, tal día como hoy, vengo a orar.
- CAR. ¡Sí, sí! Quiero acompañarte en tus oraciones.
- DALB. Ahora comprendo la desesperación de Jorge. ¡Todavía se aman los dos!
- CAR. Sí. Hay que ponerles en presencia uno del otro. Ve a buscarle, y espérame aquí después de la misa. (D'Alboize se va fondo izquierda.)

ESCENA VIII

ELENA, CARMEN, FANFAN y CLAUDINET. Estos por el foro primer término izquierda.

- ELEN. ¡Vamos!
- FAN. ¡Señora, señora! Tome usted.
- ELEN. ¿Qué?
- FAN. Su portamonedas. ¿Por qué dijo usted que no era suyo? Usted sabía muy bien que se lo había robado.
- ELEN. Si yo hubiera dicho que era mío, te hubieran metido en la cárcel.
- FAN. Y usted no ha querido. No me olvidaré nunca de eso, señora. Tómelo usted. Puede usted contar el dinero. No he quitado nada... puede usted creerme, absolutamente nada.
- ELEN. Lo creo, hijo mío.
- FAN. No lo olvidaré nunca. ¡Oh! Si soy ladrón, no crea usted que yo tenga la culpa. No me han enseñado otra cosa. ¡Si yo tuviera un oficio, no robaría!
- CLAU. Y luego, si la robó, señora, fué para comprarme aceite de hígado de bacalao, que el médico ha dicho que necesito tomar a causa de mi catarro. Me quiere mucho. ¡Si supiera usted, señora, que bueno es!
- CAR. ¡Pobres niños!
- FAN. No, no quiero ser ladrón, señora, no quiero serlo.
- ELEN. ¡Hijo mío! Creo que no me engañas. Aquí tienes mis señas de París, calle de Verneuil, donde podrás encontrarme desde esta misma tarde. Venid a verme y os ayudaré en vuestras buenas resoluciones.
- FAN. ¿Podré ser carpintero?
- CLAU. ¿Y yo herrero?

ELEN. ¿Porqué no? Mientras tanto aquí tienes para comprar medicinas a tu amiguito.
FAN. ¡Oh!, gracias, señora.
CAR. ¿Volveréis a robar?
FAN. ¡Jamás, señora, jamás!
ELEN. Hasta la vista, muchachos, hasta la vista.
(Vanse.)

ESCENA IX

FANFAN y CLAUDINET

FAN. ¡No, no! Yo no quiero ser ladrón.
CLAU. Entonces, ¿qué vamos a hacer, Fanfán?
FAN. Vamos a marcharnos; esta noche preparan un golpe con Espinilla, para robar y asesinar, si es preciso, a la mujer de Chamblay. Yo no quiero ir con ellos. Vámonos nosotros a París.
CLAU. No, Fanfán, no. Yo no puedo ir contigo.
FAN. ¿Por qué?
CLAU. Nos perseguirían, y como yo no puedo correr, caerías otra vez en sus garras. Ya sabes que cuando ando mucho, me duele el espinazo.
FAN. No quiero irme sin ti, pobre Claudinet.
CLAU. Sí, sí; escucha. Déjame aquí. Vete a casa de esa buena señora. Yo volveré a París en el carro, sin cansarme. Una vez instalados en la puerta de Charenton, iré todas las tardes al muelle de Bercy, debajo del puente y tú vendrás a verme.
FAN. ¡Iremos al taller, de aprendices!
CLAU. Sí, yo me haré carpintero también, para poder estar juntos.
FAN. No volveremos a separarnos.
CLAU. Ahora tienes que tocar soleta. Si vuelven, adiós viaje. Toma tu camiseta.
FAN. ¿Y mis pantalones?

- CLAU. Aquí los tienes. Y tus zapatos número uno. Cuidalos, porque se estropean mucho yendo de camino. ¿Cómo vas a arreglártelas para comer hasta llegar a París?
- FAN. Trabajaré en las casas de campo; descuida.
- CLAU. Quién sabe si hay un Dios que protege a los niños que quieren ser honrados.
- FAN. ¡Entendidos! Nos veremos en el puente de de Bercy todas las tardes.
- CLAU. Sí.
- FAN. No te olvides sobre todo de tomar tu aceite de hígado de bacalao.
- CLAU. ¡Sí, sí! ¡Adiós! ¡Lárgate! Le oigo venir.
- FAN. ¡Adiós! (vase.)
- CLAU. ¡Ah, si no fuera por mi catarro, me hubiera ido con él!

ESCENA X

CLAUDINET, CARACOL y CEFERINA. Vienen por el foro derecha

- CARA. ¿Entonces ha llegado ese Kerlor?
- CEFE. Hace quince días. ¡Rico como un Cresol! Quince criados, las cuadras llenas de caballos, un tren de casa como un emperador.
- CARA. Pronto vas a ver el color de su dinero.
- CEFE. Y no es esto todo. Su hermana le esperaba, despues de haber vuelto de las colonias, donde su marido estaba de gobernador. El reventó allí, y la viuda vuelve a casarse, adivina con quién.
- CARA. Yo que sé.
- CEFE. Con el comandante D'Alboize, que ha venido expresamente del Tonkín.
- CARA. ¿El oficial del hospital de Tours? Doble golpe entonces.

- CEFE. Me adelanté. Vienen hacia aquí.
CARA. ¡Atención! ¿Dónde está Fanfán?
CLAU. No sé.
CARA. Buscadlo por ahí. Yo voy por este otro lado. Es necesario que venga aquí en seguida. (Vase.)
CLAU. (¡Echale un galgo!) (Vase con Ceferina.)

ESCENA XI

KERLOR y D'ALBOIZE, por el foro izquierda

- KER. Pues bien, sí; se me había ocurrido entrar en esa iglesia. ¿Qué tiene eso de extraordinario?
DALB. Nada; pero como no es hora de los divinos oficios...
KER. Lo que yo busco ahí son recuerdos. Hoy cumplen años, muchos años, que me casé en esta iglesia.
DALB. Al reanimar sus recuerdos, ¿no teme usted despertar sus penas?
KER. Durante mucho tiempo he procurado distraerme, pero no lo he conseguido. Encuentro menos doloroso ceder a mi pena que combatirla.
DALB. Sin embargo, ¿hace ya tanto tiempo que perdió a su esposa!
KER. Hay dolores que el tiempo no hace más que avivar. ¿Comprende usted que se pueda amar a una muerta? Pues esto me pasa a mí. ¡Oh! ¿Por qué he venido otra vez a Francia? Necesito volver a mi desierto, lejos de aquí. Partiré después de su boda.
DALB. ¡No, quédese usted, Kerlor y no resista más.
KER. ¿Qué quiere usted decir?
DALB. El amor puede más que la muerte. Mire... la muerta... ¡vível! (Aparece Elena en el dintel de la puerta de la iglesia.)

ESCENA XII

Dichos y ELENA

- KER. ¡Ella! ¡Ella aquí! ¡En semejante día!
- DALB. Sí; todos los años hace decir una misa en esta iglesia el día del aniversario de su matrimonio.
- KER. ¡Entonces no lo ha olvidado todo!
- DALB. Vea usted sus ojos bañados todavía por el llanto!
- ELEN. ¡Jorge!
- KER. ¡Jorge, sí! ¡Luego usted sabía la verdad!
- DALB. Toda la verdad.
- KER. ¿Y ha sorprendido usted el secreto de mi vergonzosa flaqueza? Pues bien, sí. Hasta que me hizo traición no comprendí toda la fuerza de mi amor. Elena. ¡Es preciso que yo viva con usted o que muera! Démonos la mano y procuremos olvidar.
- ELEN. ¿Dónde está mi hijo?
- KER. ¡Su hijo!
- ELEN. Le pregunto a usted dónde está mi hijo. Contésteme. ¿Dónde está?
- KER. No lo sé.
- ELEN. Aquella noche horrible dejó usted que me lo robaran. ¿Quién fué el ladrón? ¿Cómo se llamaba?
- KER. No lo sé.
- ELEN. Tendrá usted al menos algún indicio... algún recuerdo... algo, en fin que le permita seguir sus huellas.
- KER. ¡Nada!
- ELEN. ¿Nada? ¿Y me ofrece su amor? ¿Y apela a mi piedad? ¿Y me propone su perdón? ¿Y el mío? ¿Se ha figurado usted que iba a echarme en brazos del verdugo de mi hijo? ¡No! Su crimen feroz y cobarde, no tiene perdón.

- KER. ¡Elena!
- ELEN. Cada día que prolonga el martirio de mi hijo, aumenta el horror que usted me causa...
- KER. ¡Elena! Yo estaba loco, loco de sufrimientos y de celos. También yo, arrepentido de veras, he buscado al inocente niño entre los huérfanos y los vagabundos. ¡Ah! queda usted suficientemente vengada por mis remordimientos. Pero ahora que voy a luchar por usted, para recuperar su corazón, aunque me cueste mi fortuna entera, he de conseguir mi objeto.
- ELEN. Si mi hijo ha muerto, los millones de usted no le devolverán la vida. (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA XIII

KERLOR, D'ALBOIZE, luego CARACOL

- KER. ¡Ah! Todavía prefiero la tortura de sus reproches a la de su ausencia. Vámonos, D'Alboize.
- CARA. (Entra primer término izquierda.) Dispense usted, caballero. ¿No es usted el señor de Kerlor?
- KER. Sí, yo soy. ¿Qué quiere usted de mí?
- CARA. ¿No me conoce usted?
- KER. No.
- CARA. Sin embargo... ¿Se fijó usted bien en mí una noche en el parque de los Príncipes?
- KER. ¡Ah!
- CARA. ¡Por fin cayó!
- KER. ¿Tú? ¿Eres tú?
- CARA. Sí, yo soy... el preceptor de su hijo.
- KER. ¡Tú! Sí, te reconozco.
- DALB. ¿Es él?
- KER. Sí, el que buscamos. ¡Ah, cuanto me alegro de encontrarte!

- CARA. ¡Pues señor! Yo estaba seguro de ser bien recibido, pero no a tal extremo...
- DALB. ¿Está usted loco, Kerlor?
- KER. ¡Ah, sí, loco de alegría! Comprenda usted, amigo mío. ¡Este hombre es la dicha, la esperanza, la vida! Porque, vive, ¿no es verdad?
- CARA. Sí, sí.
- KER. ¡Diez mil francos si me lo traes ahora mismo!
- CARA. ¡Diez mill! ¡Después de lo que he hecho por ese niño!
- KER. Pues ¿cuánto deseas?
- DALB. ¡Alto! Ese truhán se burla de usted.
- CARA. ¿Va usted a insultarme ahora?
- DALB. Diez mil al contado, o una denuncia que será tu perdición. ¡Elige!
- KER. ¡Toma, aquí tienes ya cinco mill!
- CARA. ¿Y los otros?
- KER. Aquí mismo. ¡Ve por él!
- DALB. Contra entrega del niño.
- CARA. ¡Sea! Me resigno a desprenderme de él.
- KER. ¡Pronto! ¡Vaya usted a buscar a Elena! Yo voy por el dinero. Dentro de un instante estaremos de vuelta. (Vanse Kerlor por la izquierda, primer término, y D'Alboize por el foro izquierda. Ceferina y Claudinet vienen por el foro derecha.)

ESCENA XIV

CARACOL, CEFERINA y CLAUDINET

- CARA. ¡Ven acá, ven acá, Ceferina! ¡Diez mil francos a cobrar en el acto!
- CEFE. ¡Diez mill!
- CARA. Sin contar lo que vendrá después, porque no para aquí la cosa. ¿Y Fanfán?
- CEFE. No pareció.

- CARA. ¡Cómo! ¿Dónde está?
CLAU. No sé.
CEFE. Dice que no, pero yo creo que lo sabe y no lo quiere decir.
CARA. Aguarda, vas a ver como le desato la lengua.
CLAU. Es inútil, que me peguen. Fanfán ha huído.
CARA. ¿A dónde?
CEFE. ¿Cuándo?
CLAU. ¡Oh? Hace ya rato, si no ha parado de correr, estará ya lejos. Cansado de recibir más palo que pan, se va a no sé que puerto a que lo embarquen.
CARA. ¡Ah! ¡Canalla!
CLAU. ¡Ay! me ha lastimado.
CEFE. ¡Es preciso darle alcance!
CARA. ¡Cómo! No puedo hacerlo perseguir por los gendarmes; se metería en mis asuntos!
CEFE. ¡Ira de Dios!
CARA. ¡Diez mil francos! ¡Ya los tenía!... y se me escapan de las manos. (Carmen, D'Alboize y Elena, entran por el foro izquierdo.)

ESCENA XV

Dichos, D'ALBOIZE, ELENA, CARMEN, luego KERLOR

- ELEN. ¿No se equivocan ustedes? ¿No es un engaño?
DALB. No. Hemos dejado a ese hombre aquí. El pobre Kerlor estaba loco de alegría.
CAR. ¡Aquí viene! (Kerlor entra primer término izquierdo.)
CARA. ¡Mira! ¡Aquí trae los diez mil!
KER. ¡Elena! ¡Elena! Está aquí. ¡Vas a verlo!
ELEN. ¡Ah, no me atrevo a creerlo!
KER. ¿Y el niño? ¡Pronto! ¡Aquí está el dinero!
CARA. El niño... el niño.
KER. ¡Sí, sí! ¿Dónde está?

CERE. Aquí lo tiene usted. ¿No lo reconoce? ¡Claro! Como ha crecido el angelito.

ELEN. ¡El! ¡Ese moribundo! ¡ese cadáver!... ¡asesino! ¡Pero es mi hijo! ¡Ah!... ¡Hijo de mi alma!... ¡Pobre hijo mío! (Abre los brazos. Claudinet, empujado por Ceferina, se precipita en ellos. Elena lo abraza. Caracol toma los billetes de banco de mano de Kerlor, que parece no darse cuenta de ello, pues tiene toda su atención puesta en Elena y Claudinet.)

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

La misma decoración del acto tercero, con las modificaciones siguientes: La mesita redonda que se hallaba á la izquierda del cuarto de Elena, debe encontrarse ahora á la derecha del canapé situado delante de la puerta de cristales no practicable del fondo derecha, y, en vez de la planta verde, habrá encima de la mesita el quinqué que en el acto tercero estaba encima del pupitre. El pequeño canapé de dos asientos que había en el proscenio derecha, estará, en este acto, al lado del pupitre, á fin de dejar más espacio, en el mismo proscenio derecha, para el movimiento escénico. A la izquierda, colgado de la pared, un cuadro representando un parque con un estanque en que se ven dos cisnes, uno blanco y otro negro, y, á la orilla, un niño vestido á la marinera jugando con un perro de Terranova.

ESCENA PRIMERA

CLAUDINET, ELENA y CARMEN. Claudinet viste traje de lani-lla gris: americana, chaleco, calzón corto; medias negras y zapatos de charol. Al levantarse el telón, Claudinet, sentado en la poltrona á la izquierda de la mesa central, contempla las láminas de un libro ilustrado, con encuadernación encarnada, que tiene encima de la mesa. Elena, sentada en una silla, á la izquierda de la poltrona, tiene en sus manos la mano derecha del niño y lo contempla con ternura. Entra Carmen por la segunda puerta de la derecha y se acerca al grupo por detrás de la mesa.

- CAR. Y bien, Juanito, ¿ya acabaste de jugar?
¡Oh, oh! Cómo te absorben esos cuentos de Perrault... ¡Juanito!... ¡Juanito!... (Claudinet levanta la cabeza y mira a Carmen.)
- CLAU. ¡Dispensa, tía Carmen! No me puedo acostumbrar. Siempre se me figura que llaman a otro.
- CAR. Sin embargo, es tu verdadero nombre.
(Besa al niño y se sienta en la silla detrás de la mesa.)
- CLAU. No digo que no; pero, mamaita, ¿quieres hacerme un favor?
- DALB. ¿Cuál, hijo mío?
- CLAU. Llámame Claudinet. Cuando me llamas Juanito, se me figura que no soy yo... que no es a mí a quien quieres. (Elena lo besa y le tiene abrazado.)
- ELEN. ¡Oh! ¡Sí, sí, mi Claudinet!
- CLAU. ¡Oh! ¡Así! Cuando me besas, cuando me estrechas en tus brazos, me dice el corazón que tú eres mi mamá.
- ELEN. ¡Sí, angel mío!
- CLAU. Me parece raro ¿sabes? a causa de la otra mamá que tuve, la que se emborrachaba.
- ELEN. Aquella mujer no era tu madre, solamente te habían confiado a ella. El hombre con quien te encontramos...
- CLAU. ¿El tío Caracol?...
- ELEN. Explicó todo eso a tu padre. Y como era buena contigo...
- CLAU. No tanto como las monjas del hospicio. Pero sí, me quería, y yo hubiera estado contento con ella, sin las pítimas que tomaba. (Elena se levanta. Carmen hace otro tanto y viene delante de la mesa.)
- ELEN. Claudinet, no digas esas palabras tan feas.
- CLAU. No digo nada malo. Digo solamente que, cuando había empinado el codo, enseñaba los colmillos. (Carmen se sienta en el banquito canapé, delante de la mesa.)
- ELEN. ¡Oh!
- CLAU. ¡Cómo! ¿Tampoco eso? Pues yo no sé ha-

hablar fino! Dime tú cómo tengo que decir... (Salta de la poltrona a la silla de al lado.)

ELEN. Mejor será que no recuerdes los defectos de aquella buena mujer.

CAR. ¿Y a esta mamá, la quieres mucho?

CLAU. ¡Oh! ¡Sí! (Salta al cuello de Elena y la besa).

CAR. ¿Y a tu papá, le quieres mucho también?

CLAU. Sí, pero no es lo mismo.

CAR. ¿Por qué?... ¿No es bueno contigo? ¿No procura darte gusto en todo?

CLAU. Sí, me da todo lo quiero; pero no me besa como mamá. Luego, no sé qué le encuentro... Tú no me haces regalos y sin embargo... ¡No se lo digas! ¡Te quiero más a til (Elena le besa.)

ELEN. ¡Hijo mío! ¿Eres dichoso?

CLAU. ¡Oh, sí! Sólo una cosa me falta: Fanfán; mamaita; ¿ves? nunca estaré contento del todo sin él.

ELEN. Seguramente no tardarás en verlo. Tiene mis señas y me dijiste que huyó para venir aquí. Tu padre ha prometido ocuparse de él.

CLAU. Di, mamá. ¿Cómo es que papá no vive aquí con nosotros? ¿Por qué vive en la fonda?

ELEN. Porque llega de viaje y... todavía no estamos instalados. Aquí, en el Parque de los Príncipes, estamos en casa de tu tía Carmen, que únicamente ha podido hospedarnos a nosotros dos.

(Entra el CRIADO por la puerta de la izquierda, segundo término.)

CRIA. El médico está aquí con el señor Conde, señora. Pregunta por el señor Vizconde.

CLAU. El señor Vizconde soy yo. Me hace la gracia de Dios el oirme llamar señor Vizconde por esos lame...

ELEN. ¡Claudinet!

CLAU. ¡Por vida del!... ¡Iba a soltar otra barbaridad! Pero pierde cuidado, mamá; ya verás como me esmero en el hablar.

- ELEN. Vamos a ver al médico. (Quita la silla del lado de la poltrona y la pone al lado del canapé inmediato a la chimenea.)
- CLAU. Otro viejo que me revienta con sus medicamentos. (Se dirige con Carmen hacia el segundo término izquierda. Entra D'ALBOIZE por la derecha primer término y llega detrás de la mesa central. Viste uniforme de comandante de artillería.) ¡Hola! Aquí viene el comandante. ¡Buenas noches, comandante! (Le da la mano y se dirige luego hacia la puerta de la izquierda, cerca de la cual espera a Elena que da la mano a D'Alboize.)
- DALB. ¡Buenas noches, Juanito!
- ELEN. Hace dos días que no se le ha visto a usted. ¿Cómo es eso?
- DALB. He estado muy ocupado en el servicio... ¡Ah! La monja que ha de ayudarla a cuidar al enfermito vendrá luego.
- ELEN. ¡Gracias!
- CLAU. Le quiero mucho al comandante; es un buen chico. (Vase con Elena por la izquierda segundo término.)

ESCENA II

CARMEN, D'ALBOIZE, sentado a la derecha de la mesa

- CAR. ¿Qué tienes, Roberto? (Bajando delante de la mesa.) Parece que andas preocupado como Jorge.
- DALB. ¡Ah! Es que yo también sufro cruelmente, y pronto los remordimientos me quitarán el reposo lo mismo que a él.
- CAR. Sí, te comprendo y comparto tus angustias. (Siéntase en el banquillo.) Pero, ya lo has visto; veinte veces hemos querido decirle a Jorge que los verdaderos, los únicos culpables éramos nosotros, y siempre Elena nos ha condenado al silencio.

DALB. Pero, ¿no comprendes que este silencio es un crimen más? Yo, militar, me deshonro, dejando sacrificar a la inocente que sufre por nosotros. (Se levanta.) ¡No, no! Suceda lo que sucediere, yo debo reivindicar la responsabilidad de nuestra falta, y esto es lo que voy a hacer. (Pasa a la izquierda.)

CAR. Sin pruebas, ya lo ha dicho Elena, Jorge no nos creerá. (D'Alboize se sienta en la poltrona.) La cartera que desapareció después del accidente ocurrido al pobre soldado que había ido a Tours por ella... me dijiste que debieron robársela.

DALB. Sí, me acuerdo siempre de la última palabra de Brisquet: «Robado.» ¿Quién podía ser el ladrón que el infeliz no tuvo la fuerza de designar?

CAR. Algún empleado del hospital, algún enfermero tal vez.

DALB. Mañana iré a Tours, a ver si encuentro algún indicio.

CAR. Es probable que el que robó las cartas las haya conservado.

DALB. En efecto; pero si nada logro, no callo por más tiempo: a pesar de las súplicas de Elena, a pesar de la falta de pruebas y a pesar de todo, hablaré. (Pasa a la derecha. Carmen, al ver que abren la puerta de la izquierda, se levanta.)

CAR. ¡Cuidado! Aquí viene mi hermano.

ESCENA III

CARMEN, D'ALBOIZE, KERLOR, por la izquierda. Baja y se sienta en la butaca a la izquierda de la chimenea

CAR. ¿Qué dice hoy el médico?

KER. Más desconsolador que nunca. ¡Demasia-

do tarde! (Carmen se acerca a Jorge. D'Alboize pasa a la izquierda.)

CAR.. Vamos, Jorge, no hay que desesperar; todo lo que haces en este momento...

KER. Es solamente por él. En presencia de ese inocente, me siento tan culpable, que hasta me olvido de que es hijo de otro, y luego...

CAR. ¿Y luego?

KER. Hay otra cosa que me confunde. Cuando veo a Elena tan triste y tan digna a la vez; cuando contemplo su rostro tan puro, sus ojos tan francos, se me figura que no puede ser culpable (Levantándose y quedándose entre Carmen y D'Alboize.) y... que soy juguete de una pesadilla horrible.

DALB. Sí, Kerlor, sí. Crea usted que es eso. Todos los errores son posibles, y si Elena es inocente...

KER. ¡Calle usted, calle usted, desgraciado! Si ella fuese inocente, si yo hubiese condenado a mi propio hijo a esa tortura, no tendría mas remedio que matarme sobre su tumba... ¡Harto grande es mi desgracia!... (Pasa a la derecha.) ¡No me la haga usted más grande todavía!

CAR. (A D'Alboize.) (¿Ves como es mejor no decir nada?) (D'Alboize se acerca a Kerlor. Vuelve Claudinet con Elena por la izquierda y bajan al proscenio.)

ESCENA IV

Dichos, ELENA, CLAUDINET

CLAU. ¡Siempre con el aceite de hígado de bacalao! ¡No puedo acostumbrarme a tomarlo!

¡Sabe a demonios!

CAR. ¡Pero es tan bueno para tu salud!

KER. Si tomas todo lo que te ordenen te daré todo lo que quieras. (Pasa algo a la izquierda y queda entre Carmen y D'Alboize.) ¿No me dijiste ayer que querías un reloj? Pues bien, aquí lo tienes. (Clau linet va y toma el reloj.)

CLAU. ¡Oh, qué bonito!... Y la cadena... mira, mamá. (Volviendo al lado de Elena.) ¿Es mío?... ¿me lo das?

KER. Sí.

CLAU. ¡Oh, qué bueno eres! (Va para abrazar à Kerlor y se detiene.)

CAR. ¡Y bien! ¿No le abrazas? ¿Por qué?

CLAU. ¡Oh, no me faltan ganas; pero él! no me besa nunca!

KER. Espero que me quieras.

CLAU. ¡Pero si te quiero y mucho! En primer lugar porque eres mi papá... (Kerlor reprime un movimiento.)

KER. Tienes razón, soy tu papá, abrázame. (Le tiende los brazos y le estrecha entre ellos. Luego Claudinet va a enseñar el reloj a D'Alboize, después de lo cual vuelve a Kerlor, que se ha sentado a la derecha de la mesa, y le sienta a él en sus rodillas.)

CAR. Sigue creyendo que no es hijo suyo, ¿no tendrás compasión de él?

ELEN. ¿La tuvo él de mí? ¿La tuvo de mi hijo?

(Entra el Criado por la derecha primer término.)

CRIA. Una hermana de la caridad que pregunta por el señor D'Alboize. (El Criado se retira. D'Alboize va y habla detrás de la mesa con Elena que pasa por delante de Carmen.)

DALB. La que ha de ayudar a cuidar a Claudinet. (Vase por la derecha primer término. Claudinet se levanta y se acerca a Elena. Kerlor se levanta a su vez y pasa al proscenio derecha.)

CLAU. ¿Cómo? ¿Ya no has de cuidarme, tú, mamá?

ELEN. ¡Sí, hijo mío!

CLAU. ¡Ah! ¡Yo las quiero mucho a las hermanas! ¡Eran tan buenas conmigo en el hospicio!

(D'Alboize vuelve con Sor Modesta por la derecha primer término.)

ESCENA V

Dichos, SOR MODESTA

- SOR Ya ve usted que soy puntual, caballero.
DALB. La señora de Kerlor.
SOR Señora...
ELEN. Gracias hermana, por haberse dignado venir a cuidar a mi hijo. Necesita en efecto, grandes cuidados.
- SOR Haremos que no le falten.
CLAU. ¡Calla! ¡Si es Sor Modesta!
SOR ¿Me conoce usted, amiguito?
CLAU. ¡Pues no la he de conocer! ¡Vaya, si me dió usted golosinas cuando yo estaba en el hospicio, en la sala de San Nicolás! ¿No se acuerda usted de Claudinet? (Se acerca a Sor Modesta.)
- SOR ¡Claudinet! ¿Tú?... ¡Usted!
CLAU. ¡Sí!
ELEN. ¿De modo que ya lo ha cuidado usted otra vez?
- SOR En el hospicio de niños desamparados, sí, señora; pero ha crecido tanto que no le conocía.
- ELEN. ¿Hacía mucho tiempo que no lo había visto?
- SOR Mucho, lo menos nueve años.
ELEN. No hará tanto.
SOR Sí, sí, nueve años justos.
ELEN. No es posible.
SOR Dispense usted; hace ocho años y medio que fui trasladada de los desamparados al hospital de Tours.
- ELEN. ¡Imposible! (Se acerca a Carmen.) En aquella época mi hijo estaba todavía conmigo.
- SOR Debe equivocarse, señora, porque en aquel entonces, hacía ya cerca de cuatro años que Claudinet se hallaba en el hospicio.

KER. ¿Está usted segura?
SOR Que lo diga él mismo.
CLAU. Sí, la hermana tiene razón.
ELEN. Entonces, no es...
CAR. ¡Elena! (Designando a Claudinet.)
CLAU. ¿Cómo? (Carmen pasa por delante de Elena.)
CAR. ¡Nada, nada! El señor D'Alboize y Claudinet van a acompañarla a su habitación, hermana, ¡anda! ¡corre, hijo mío!
CLAU. ¿Y mamá?
DALB. Luego viene. (D'Alboize, Claudinet y Sor Modesta vanse por la puerta derecha primer término.)

ESCENA VI

ELENA, CARMEN y KERLOR

ELEN. ¡No es mi hijo! ¡me ha mentado usted!
CAR. ¡Elena!
KER. Nos han engañado a nosotros también. Carmen es testigo.
ELEN. ¡Ah! ¡Déjeme usted, déjeme! (Se sienta, abatida, a la derecha de la mesa.) ¡Todo esto prueba que su crimen es irreparable! Tanto si vive como si ha muerto, no volveré a ver a mi hijo. Puesto que nuestra pobre naturaleza humana es tan miserable que nada vibra en el corazón de una madre cuando se halla en presencia del hijo de sus entrañas, no quiero esperar nada más, no quiero creer ya nada. (Se levanta.) ¡Esto es demasiado no puedo más. Ya no me queda más que la fuerza de maldecir a usted y llorar a mi hijo. (Vase por la derecha, segundo término.)

ESCENA VII

KERLOR, CARMEN, luego UN CRIADO y CLAUDINET

- KER. ¡Ah! ¡Este suplicio es también superior a mis fuerzas! acabemos de una vez.
- CAR. ¿Qué dices?
- KER. Sé por Claudinet donde encontrar la guarida de ese miserable. Voy a ver si es posible reparar mi crimen. Si no lo consigo, sabré poner fin a mi horrible martirio.
- CAR. ¡Jorge!... ¡no!... ¡no!... a mi vez es preciso que yo hable.
- KER. ¡Adiós! ¡Adiós! (Vase por la derecha primer término.)
- CAR. ¡Oh! Esta es la verdadera expiación de nuestra falta. Tanto más terrible cuanto más tardía. (Se sienta en el caupé inmediato al pupitre. Claudinet entra por la puerta de cristales del fondo, que queda abierta. Al mismo tiempo entra el Criado por la puerta derecha, primer término; pone encima de la mesa la colación del niño, que ha traído en una bandeja, y se retira.)
- CRIA. La colación del señor vizconde.
(Claudinet se acerca a la poltrona.)
- CLAU. Si mamáita no está aquí, no tengo gana. (Pasa a la izquierda, cerca de la chimenea. Carmen va hacia él por delante de la mesa.)
- CAR. Iré a buscarla, pero si no comes no vendrá.
- CLAU. Entonces voy a comer. Haz que venga pronto.
- CAR. En seguida.
(Vase foro derecha, después de besar al niño.)

ESCENA VIII

FANFÁN y CLAUDINET. Claudinet mira el contenido de la bandeja y va luego a recostarse en el sofá colocado a la derecha de la chimenea.

CLAU. Son cosas buenas, pero cuando no se tiene hambre. (Fanfán aparece por el fondo.)

FAN. ¡Ese lacayo indecente que me dió con la puerta en los hocicos, llamándome pordiosero! Sin embargo, aquí es donde se encuentra la buena señora... ¡Ah! no puedo más. Me muero de hambre...

CLAU. ¡No tengo a mamá!

FAN. ¡Oh! ¡Aquí hay cosas de comer!... ¡No! esto sería robar... No debo quedarme aquí... no podría resistir. Tengo demasiada hambre, prefiero irme.

CLAU. ¡No tengo a mi amigo!... ¡Ay, Fanfán!

FAN. ¡Eh!

CLAU. ¡Fanfán! (Corre a abrazarlo.)

FAN. ¡Claudinet!

CLAU. ¿Tú, aquí, mi querido Fanfán!

FAN. ¡Y tú!... ¡Ah, cuánto me alegro!

CLAU. ¡Eh! ¿qué es eso? ¿Qué tienes?

(Fanfán desfallece; Claudinet le sostiene.)

FAN. Me estoy cayendo de hambre.

CLAU. ¿Tienes hambre? Toma, mi pobre Fanfán. Lo que es de hambre, no te morirás aquí. Siéntate y come. Espera. (Fanfán devora. Claudinet toca con insistencia un timbre eléctrico.) ¿Tanta hambre tenías, Fanfán?

FAN. No he comido nada en dos días.

CLAU. Pobre muchacho, no hables, embucha. (Entra el Criado por la derecha.) Pronto, tráigame usted *foiegrás*, pollo fiambre y pan. Diga usted al sumiller que le dé una botella de mi Burdeos. ¡Deprisa! ¡Ande usted, hombre. (Vase el Criado.)

- FAN. ¿Tu Burdeos?
CLAU. Sí, un vino de primera que han traído expresamente para mí. Te quedas turulado, ¿eh? ¡Ya verás! Cuando sepas lo que pasa, vas a quedarte bisojo, chiquillo. ¡Ay que alegría tengo! (Entra el CRIADO por la derecha con una gran bandeja en que hay varios platos, una botella y un vaso.) Toma, aquí tienes pollo... *foie gras*. ¡Qué gusto me da verte embuchar de ese modo! ¿Eh? ¡Cómo traga! (Al Criado, dándole una palmada en el hombro. El Criado pasa por detrás de Fanfán y pone encima de la mesa, a la izquierda, la bandeja en que hay todavía la botella; luego enciende los dos quinqués y cierra la puerta de cristales. Claudinet a la derecha de la mesa.) ¿De dónde vienes? ¡Se ahoga! ¡Bebe, bebe! ¡Ajá!
- FAN. ¿Pero eres millonario, di?
CLAU. Mejor que millonario. ¿Sabes la buena señora que vimos en Kerlor?
- FAN. A ella buscaba yo. Estuve en París, calle de Verneuil, a las señas que me dió ella misma, y me dijeron que estaba aquí.
- CLAU. Sí. (Fanfán se levanta y abraza a Claudinet, llevando en la mano una pierna de pollo, que sigue comiendo sin pan. El Criado desembaraza la mesa, sin dejar más que un plato de pastelillos y se va por la derecha, primer término.) Pues bien; buscaba a su hijo, que había perdido de chiquitín... ¡Parece que era yo!
- FAN. ¿Tú?
CLAU. Sí.
FAN. ¡Ah! ¡Qué dicha, Claudinet!
CLAU. Tengo bonitos trajes, buena ropa, los bolsillos llenos de dinero... Un reloj... (Hace sentar a Fanfán en el canapé inmediato al pupitre y se sienta a su lado.) Tengo una quinta en Kerlor, tengo un coche con un bonito caballo. Pero... créeme, lo mejor de todo es que tengo una mamá que me quiere mucho. ¡Oh! ¡Sentirse amado así por una madre, no hay dicha igual! No me importaría que

fuese pobre, con tal de que me besase y me estrechase en sus brazos, bien fuerte, como hace ella.

FAN. ¿Y tu papá? (Claudinet se levanta y pasa al centro.)

CLAU. Mi papá es muy rico. Me regala todo lo que quiero; pero lo que me da pena es que él y mamá están de monos.

FAN. ¿Que me cuentas? (Se levanta y va a Claudinet.)

CLAU. ¡Ah! Pero creo haber encontrado el medio de que eso acabe. (Fanfán se sienta a la derecha de la mesa.)

FAN. ¡Tú! ¿Y cómo?

CLAU. ¡Psit! (Se sienta encima de la mesa, al lado de Fanfán.) He oído a mi tía Carmen que decía al comandante D'Alboize, un militar que va a casarse con ella, que si encontrase una cartera llena de cartas, que perdieron hace años, papá y mamá se amarían como antes.

FAN. ¿Y bien?...

CLAU. ¡Y bien! ¿No te acuerdas de las famosas cartas de que el tío Caracol hablaba siempre?

FAN. Sí, sí... las que leía con la tía Ceferina, diciendo que valían mucho dinero. En ellas se nombraban varias personas.

CLAU. Kerlor... Saint Hyriex... Carmen... D'Alboize...

FAN. Sí, sí. (Claudinet baja de la mesa y pasa después a la izquierda.)

CLAU. Pues bien, Carmen de Saint-Hyriex, es mi tía; Kerlor, es mi papá y D'Alboize es el comandante. (Fanfán se levanta y va a Claudinet.)

FAN. Entonces tienes razón, Claudinet. Hay que que recuperar esas cartas. ¡Yo iré por ellas!

CLAU. ¡Tú! ¡Volver con aquellos demonios! ¡Oh, no, no!

FAN. Déjame hacer. Sé donde las tienen escondidas. Además, iré de noche. No me verán. Aunque niño, soy astuto y fuerte. ¿No me enseñaron a robar? Pues de algo ha de

servir. ¡Bah, bah! Tu mamá que ha sido tan buena conmigo, acabará pronto de tener pena. (Elena y Carmen aparecen por la puerta fondo derecha.)

CLAU. ¡Ah! ¡Mira, aquí está! (Pasa a la derecha, por delante de Fanfán. Elena, que entró la primera, se queda en el fondo. Carmen va hacia Claudinet. Luego baja Elena y se sienta en el canapé de la derecha.)

ESCENA IX

Dichos, ELENA, CARMEN

CLAU. ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Es Fanfán; mi amigo, aquí está, ya pareció!

CAR. Debes estar muy contento.

CLAU. ¡Oh, sí! Mamá, ya no deseaba otra cosa; ahora soy completamente feliz. ¿Parece que esto no te alegra?

ELEN. ¡Sí, sí!

CLAU. ¿No me dices nada? ¿No me besas?

ELEN. ¡Sí! (Le besa.)

CLAU. Tú tienes algo. ¿Estás enferma?

ELEN. ¡No!

CLAU. ¿Ya no me quieres?

ELEN. ¡Sí, hijo mío, sí!

CLAU. No eres como antes... Y yo que había dicho a Fanfán que era tan feliz cuando me estrechabas en tus brazos.

ELEN. (¡Qué suplicio!)

CLAU. ¿He sido malo?

CAR. No, hijito. (Estrechándolo en sus brazos.) Tu madre siente un poco de fatiga; no la molestemos.

CLAU. ¿Siente fatiga? ¡Ah! Yo también. Sin embargo, ¡estaba yo tan contento hace un instante! Y ahora muy cansado; pero muy cansado.

ELEN. ¡Pobre niño! Ven, ven a descansar aquí.

(Claudinet se sienta al lado de Elena que lo tiene abrazado con la cabeza apoyada en su pecho. Carmen arregla los almohadones del canapé.)

CLAU. ¡Sí! ¡Oh! Aquí estoy bien. Di, mamá, ¿quieres que se quede con nosotros Fanfán?

ELEN. Por supuesto. (Fanfán se sienta en el banquillo delante de la mesa.)

CLAU. ¿Ves? Pero ¿dónde va a dormir?

ELEN. Le prepararán una cama.

CLAU. En mi cuarto, mamá, ¿quieres? (Carmen toca el timbre.)

ELEN. En tu cuarto.

CLAU. Nos acostaremos pronto, ¿verdad, Fanfán? También debes estar molido.

FAN. Como una cataplasma. (Entra el CRIADO por la derecha; se acerca a Carmen, que se halla detrás de la mesa, recibe las ordenes y se va por la izquierda. Carmen vuelve al canapé.)

CLAU. ¿Dónde dormiste anoche?

FAN. Bajo el puente de Arcole.

CLAU. ¡Pobre diablo! Esta noche dormirás algo mejor. ¡Ah! ¡que bien estoy aquí! ¿Ves, Fanfán? ¡es mi mamá!... ¡mamá mía!... ¡mía!...

ELEN. Se ha dormido.

CAR. ¡Cuidado, Elena! Piensa que eres su única alegría.

ELEN. Es verdad, soy injusta. Este pobre niño, tan desgraciado, tan bueno, es víctima como yo de esta horrible decepción. La hermosa ilusión que me ha causado durante ocho días, quiero que la conserve hasta el postrer momento... ¡Madre sin hijo, seré la tuya, hijo sin madre! (Besa a Claudinet. Fanfán contempla a su amiguito. Carmen se dirige hacia la puerta de la izquierda, por detrás de la mesa, ve a Fanfán y baja al proscenio izquierda.)

CAR. ¿En qué piensas, muchacho? (Fanfán se levanta.)

FAN. ¡Ah, señora! Al ver a Claudinet así, me

acuerdo de cuando yo era niño, que también me dormía en los brazos...

CAR. ¿De tu madre?

FAN. ¡Oh, no! Mamá Ceferina nunca me ha tenido así.

CAR. ¿Entonces quién?

FAN. No sé. (Elena se desprende de Claudinet, haciéndole apoyar la cabeza en los almohadones.)

CAR. ¿Fuiste a casa de tus parientes al mismo tiempo que Claudinet?

FAN. ¡Oh, no!... después.

CAR. ¿Cuántos años hace?

FAN. Siete años, según decía Caracol.

ELEN. ¡Siete años! (Elena levanta la cabeza.)

CAR. ¿Con quién habías estado hasta entonces?

FAN. No me acuerdo... Se me formó un lío en la cabeza con todo lo que me había pasado, las personas se me borraron de la memoria... pero de las cosas recuerdo algo. Por ejemplo: un gran libro donde miraba estampas... Era encarnado por fuera... como este. (Por el libro que examinaba Claudinet al principio del acto y que habrá permanecido sobre la mesa, a la izquierda.)

CAR. Casi todos los libros para los niños están encuadernados así.

FAN. ¡Oh, aquel me gustaba mucho! Un día que me habían reñido, me acuerdo que al volver la hoja con demasiada violencia rompí la primera estampa. (Abre el libro maquinalmente y ve la hoja desgarrada.) ¡Ah, esta también está rota! (Elena se levanta.)

CAR. ¿No te acuerdas de nada más?

FAN. No... no... (Mira en torno suyo y ve el cuadro de la izquierda, al cual se acerca.) ¡Ah! ¿Qué jardín es ese, señora? (Carmen da algunos pasos hacia el fondo izquierda.)

CAR. Es el parque de la quinta de Kerlor... Cerca de allí os encontramos a los dos.

FAN. Es curioso. Nunca entré en aquel jardín, y sin embargo me parece conocerlo. (Elena se acerca poco a poco hasta la mesa, a la derecha.)

- CAR. ¿De veras?
FAN. Sí; ese estanque... con esos dos cisnes... el blanco y el negro... y ese niño vestido de marino, que juega con ese perrazo de pelo tan largo... ¿Quién es ese niño, señora?
- ELEN. ¡Es mi hijo que perdí y que busco hace siete años! (Fanfán se acerca a Elena. Carmen baja al proscenio izquierdo.)
- FAN. ¿Cómo? ¿No es Claudinet?
ELEN. No. Y tú ¿no recuerdas nada de la casa en que vivías antes? (Fanfán procura recordar. Claudinet despierta, y sin llamar la atención, observa lo que pasa.)
- FAN. Algo recuerdo, sí. Era una casa... por el estilo de esta... ¡Ah, sí! Esto es. (Va a la puerta de cristales.) La gran puerta de cristales que conduce al jardín. Luego la mesa en que ponían un gran quinqué... Por la noche, después de comer, aquí es donde me entretenía con un libro. (Pasa a la derecha de la mesa.)
- ELEN. ¿Y después?
FAN. Después... alguien me cogía en brazos y me llevaba...
- ELEN. ¿Dónde? (Fanfán busca con la vista y luego designa la puerta de la izquierda.)
- FAN. A mi cuarto, donde había una camita de cobre con cortinas azules.
- ELEN. ¿Dónde? ¿dónde?
FAN. ¡Allí! (Corre a la puerta, la abre, reconoce el cuarto y se vuelve dando un grito de alegría.) ¡Ah! (Mientras tanto, Claudinet se ha levantado y ha pasado a la izquierda por el fondo.) ¡Mamá! (Al ir a abrazar a su madre se encuentra con Claudinet que mira temblando primero a Elena y luego a Fanfán a quien retiene por el brazo.)
- ELEN. ¡Hijo mío!
CLAU. ¿Por qué la llamas mamá?
FAN. ¡Claudinet!
CLAU. Por lo visto yo no soy su hijo.
FAN. Y ELEN. ¡Sí, sí, Claudinet!

- CLAU. ¡No, no! Lo he oído bien; a ti te ha llamado su hijo. ¡Ya no soy yo!
- FAN. ¡Sí, Claudinet! Tú también, puesto que soy tu hermano.
- ELEN. Sí.
- CLAU. ¿De veras? (Va a Elena que lo estrecha en sus brazos.)
- ELEN. ¡Sí, tu hermanito! (Por encima de la cabeza de Claudinet hace seña a Fanfán de que no diga nada.)
- FAN. Pero también puedo besarla a esta mamá, de la cual me he visto privado tanto tiempo. ¿No quieres que la bese? ¿Dí, Claudinet? (Claudinet hace pasar a Fanfán que se echa en brazos de Elena. Claudinet, que los observa, está a punto de desmayarse. Carmen lo sostiene y lo sienta a la derecha de la mesa.)
- CLAU. ¡Oh, sí... ¡abrázala!
- ELEN. ¡Hijo mío!... ¡Hijo de mi alma!
- CAR. ¿Qué es eso?
- FAN. ¡Claudinet! ¿Qué tienes? (Se desprende de los brazos de Elena y se arrodilla a los pies de Claudinet. Elena, por detrás de la mesa, se acerca a Claudinet.)
- CLAU. ¡Nada, nada!
- FAN. ¿Sientes que tengamos una misma madre?
- CLAU. No, al contrario, me alegro mucho, pero siento una gran fatiga.
- FAN. Vamos a acostarnos, Claudinet. Yo también estoy rendido, vamos, voy a llevarte a la cama como hacía en casa del tío Caracol. Dí, Claudinet, ¿no echas de menos a la Ceferina?
- CLAU. ¡Oh, no, hermano mío! ¿Mamá, vienes? (Vanse los dos por la izquierda. Elena y Carmen los contemplan un rato desde la puerta.)

ESCENA X

ELENA, CARMEN, luego FANFÁN

CAR. ¿Esta vez no te queda la menor duda?

(Bajan delante de la mesa.)

ELEN. ¡No, no!

CAR. Pues bien, en medio de tu alegría, no te olvides del hombre desgraciado que sufre por ti, piensa que es el padre de ese niño.

ELEN. No lo cree.

CAR. Más lástima debe darte, ¿vas a dejar que ignore tu alegría?

ELEN. ¡Mi alegría! ¿podrá ser completa si él no la comparte conmigo?

FAN. ¡Mamá! (Entrando.)

ELEN. ¡Ah! ¡hijo mío!... Soy ingrata con Dios... Me devuelve la mitad de mi dicha.

FAN. ¡No basta, mamá! Te la devolverá toda entera.

ELEN. ¿Por qué no te has acostado?

FAN. Antes quería abrazarte otra vez, ahora que Claudinet duerme.

CAR. Ven, te acompañaremos.

FAN. No, lo despertaríamos. ¡Está tan enfermo el pobre! Mañana, temprano, vendrás.

ELEN. Sí, Juanito mío... porque te llamas Juanito, ¡Juan de Kerlor!... ¡Anda, vete a descansar!

(Las dos mujeres lo acompañan hasta la puerta.)

FAN. Buenas noches, mamaita.

(Vase a su cuarto, después de haber besado a Elena.)

CAR. ¿Esa ternura no te hace esperar la otra?

ELEN. ¡Ay! no hay que exigir demasiado, Carmen.

CAR. ¡Buenas noches!... (Se besan. Carmen se dirige hacia la primera puerta de la derecha.)

ELEN. Buenas noches... (A Carmen que se retira. Apaga el quinqué del fondo. En el momento de entrar en su cuarto, segunda puerta de la derecha, envía besos hacia el de Fanfán.) Duerme, hijo mío, duerme. (Vase.)

FAN.

(Sale de su cuarto.) ¡Nadie! ¿Cómo salir? Por aquí... (Primera derecha.) No... Los criados me verían. Por la verja... ¡Las cartas que iba a buscar por Claudinet, voy a traerlas ahora por mi madre! ¡Oh, madre mía! ¡mañana ya no llorarás! ¡Duerme, madrecita mía, duermel (Envía besos hacia el cuarto de Elena y se va por la puerta de cristales.)

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

Interior de la vivienda de Caracol, donde habrá un pupitre, una mesa con un quinqué encima, unas sillas, todo viejo, y al lado del pupitre, una hoguera con leña que figura está ardiendo. A la izquierda la puerta de entrada. A la derecha una ventana practicable. En el fondo telón corto, con una abertura con cortina que figura la entrada de la alcoba donde se verá un catre que es donde dejarán atado a Kerlor. Es de noche y estará solamente alumbrado con la luz que pueda dar el quinqué.

ESCENA PRIMERA

CARACOL, CACHALOTE y ESPINILLA, sentados a la mesa. Cachalote lee un periódico en medio. Espinilla, a la derecha, come pan y queso; tiene una botella delante. Caracol atiza el fuego y se sienta a la izquierda de la mesa.

CACH. La renta ha vuelto a subir cincuenta céntimos.

ESPI. ¿Y a ti qué te importa? Me parece que tus rentas ya no pueden bajar más.

CACH. Mira... (Se levanta, enseña el forro de los bolsillos y vuelve a sentarse.) Aquí tienes mis fondos, todo por culpa de ese.

CARA. ¿Por culpa mía?

CACH. Como cobraste los diez mil francos de ese señor Kerlor, te ríes de nuestra miseria.

CARA. ¡Diez mil francos! No bastan para adquirir una patente de hombre de bien.

- CACH. Dejando que Fanfán tocase soleta, perdiste la fortuna. (Espinilla acaba de comer, pone el cuchillo sobre la mesa y se levanta.)
- ESPI. A propósito, he sabido noticias de Fanfán.
- CARA. ¿Si?
- ESPI. Anoche le vieron bajo el puente de Arcole.
- CARA. Entonces, dando por allá una vuelta esta noche quizá le echemos la zarpa.
- (Cachalote se levanta.)
- CACH. Pero si le cojemos, hay que obligar a ese Kerlor a que suelte la mosca; no diez mil, sino cien mil, doscientos mil, que partiremos ¿entiendes? (Caracol se levanta.)
- CARA. Déjalo por mi cuenta. Le haré venir; y una vez aquí, de grado o por fuerza soltará el dinero. (Va al pupitre y examina su contenido.)
- CACH. Y sinó, aquí está Espinilla.
- ESPI. Sí, pero no hay tiempo que perder, porque pasado mañana seré mayor de edad, y se acabó el uso de arma con permiso de la autoridad competente. (Cachalote pasa al lado de Espinilla por detrás de la mesa.)
- CACH. ¿Mayor de edad a los diez y seis años?
- ESPI. Claro que sí, para los efectos de la ¡zig!
- CACH. ¿Y pasado mañana es tu cumpleaños?
- ESPI. Día de gala... con uniforme; nadie sabe mi edad mejor que tú, que sacaste mi partida de nacimiento.
- CACH. Es verdad.
- ESPI. Si me he de retirar capitalista, necesito aprovechar el tiempo.
- CARA. Siempre nos quedarán las cartas del hospital de Tours. Ahí están. Ese D'Alboize dará también mucho dinero por recuperar las patitas de mosca de su antigua amante.
- CACH. ¡Tonto! Puesto que va a casarse con ella ¿qué quieres que le importen esas cartas? Eso, cuando vivía el marido. Ahora, el gran golpe es el niño.
- CARA. Al menos que Kerlor no dé con él antes que nosotros... (Llaman a la puerta.) ¿Quién

puede llamar a estas horas? ¡Adelante!
Aparece Kerlor en la puerta.) ¡El! ¡Es él! ¡En
guardia! (Forman apretado grupo.)

ESCENA II

Dichos, KERLOR, luego CEFERINA

- KER. ¿Parece que no me esperabas? (Caracol va al encuentro de Kerlor. Cachalote se arrima a la cortina de la alcoba. Espinilla pasa detrás de la mesa.)
- CARA. Es verdad, pero aunque usted no lo crea, en este mismo instante estaba hablando de usted con estos caballeros. ¿Pero cómo ha encontrado usted mi...?
- KER. ¿Tu madriguera? Por Claudinet la sabía.
- CARA. ¿Y, ha venido usted solo?
- KER. No. Traigo un compañero. (Sacando del bolsillo un revólver y apuntando.)
- CARA. ¡Por Dios, conde!... Semejantes precauciones... Sírvase usted tomar asiento. (Espinilla se aparta á la derecha. Caracol va a la derecha de la mesa, pasando por delante de Cachalote. Kerlor, mirando con recelo, se sienta a la izquierda de la mesa.)
- KER. ¡Me engañaste! Me entregaste un niño que no es el mío! Me has robado diez mil francos. (Caracol se sienta a la derecha de la mesa. Kerlor se mete el revólver en el bolsillo derecho del gabán.)
- CARA. El otro chico había tomado las de Villadiego. Le entregué a usted el que tenía a mano, mi propio sobrino, interin echábamos el guante al otro. (Espinilla, que ha observado los movimientos del conde, pasa disimuladamente por detrás de Caracol y de Kerlor.)
- KER. ¿Lo dejaste escapar?
- CARA. ¡Oh! No tardará en volver al redil... Quizá esta misma noche. Y, si está usted en lo dicho, mañana temprano lo tiene en su casa.

- KER. ¿Puedo creerte? ¡Si ya me has engañado una vez!
- CARA. Mi interés le responde a usted de mí, pero debo advertirle que habrá un pequeño aumento en la factura.
- KER. ¡Ah! ¿Quieres hacérmelo pagar de nuevo?
- CARA. ¡Hombre! El perseguirle ha ocasionado gastos.
- KER. ¿Cuánto?
- CARA. ¡Cien mil! (Movimiento en Kerlor.) Este cuesta más caro que el otro, pero le será de más utilidad. (Se levanta.) ¡Oh! ya supongo que no trae usted esa cantidad encima. (Kerlor saca un talonario de cheques.) Pero veo que es usted muy previsor. Ese talonario de cheques puede simplificar la operación. (Mientras Kerlor prepara el cheque, Espinilla le quita con maña el revólver y pasa a la izquierda.) Ponga usted la fecha de mañana; si a las diez no tiene usted el muchacho en casa, háganos prender en el momento de ir a cobrar. (Kerlor se dispone a firmar el cheque con lápiz-pluma. Cachalote le interrumpe.)
- CACH. Dispense usted, señor conde. Nuestro amigo acaba de tratar con usted por la parte que le toca... pero se olvidó de presentarle sus socios: el señor y yo. (Designando a Espinilla, que saluda.)
- KER. ¿Qué pretendéis?
- CACH. No querrá usted tratarnos de diferente manera que a nuestro camarada...
- KER. Trescientos mil francos. ¡Estáis locos!
- CACH. Si el precio no le acomoda nos quedaremos con el género. (Cachalote y Espinilla, bajan a la izquierda.)
- KER. Acudiré a la policía.
- CARA. ¡Eso no! (A Cachalote.) A ver, hombre, si hay medio de arreglarlo buenamente. (Cachalote se interpone entre el conde y Caracol.)
- CACH. (A Caracol). ¡Quita allá! ¡gallina! ¡cobardel! ¿La policía? ¡Já, já!... ¿Qué quieres que vaya a decir a la policía? ¿Que su mujer le en-

gañó? que pagó a unos hombres para que hicieran desaparecer el bastardo? Lo tendrá que repetir ante el tribunal y lo glosarán los periódicos. (Pasa á la derecha.)

CARA.

¡Es verdad!

ESPI.

¡Qué listo es este Cachalote!

CACH.

No tengáis cuidado, no irá a contar a la gente de toga que su mujer le traicionó.

KER.

¡Ah, miserable! (Va a sacar el revólver.)

ESPI.

¡Busca! ¡Busca tu revólver! Te arranqué el diente. A ver como muerdes ahora. (Kerlor se halla a la izquierda de la mesa. Caracol ha ido a colocarse delante de la puerta. Cachalote aparta la silla de la derecha de la mesa y se sienta.)

KER.

(¡Ser juguete de estos bandidos y oír de sus labios mi deshonra!)

CACH.

Y bien, conde, ¿entra usted en razón? ¡Vamos a ver!

KER.

(Y no puedo defenderme; toda resistencia es inútil.) (Se sienta a la izquierda de la mesa.)

CARA.

Lo mejor que puede usted hacer es pagar. (Cachalote se levanta, vuelve a poner la silla donde estaba y pasa detrás de la mesa a la derecha.)

CACH.

¡Vamos, señor conde, venga usted acá; redacte su papelito! Mañana, a las nueve, ofrece el pimpollo a su señora y a las diez nosotros cobramos. (Kerlor firma el cheque, arranca el talón y lo entrega a Cachalote. Caracol se acerca a éste.)

CARA.

¿Está en regla?

CACH.

¡Mira! (Caracol toma el cheque, lo lee y se lo mete luego en el bolsillo. Mientras tanto Kerlor se ha levantado y se dispone a marcharse.) Ahora, atención. (Cachalote sujeta rápidamente el cuerpo y los brazos de Kerlor con una cuerda, mientras Caracol lo amordaza con un pañuelo grande de color, y Espinilla le sujeta las piernas con una correa, durante el breve parlamento de Cachalote.) Dispense usted, mi querido señor conde, pero como pudiera usted tener la mala tentación de hacernos prender en el momento de ir a cobrar el

cheque, quedará usted aquí en depósito hasta mañana, a las once.

CEFE. ¿Qué es esto? (Entra beoda, con una botella en la mano, y ve el cuerpo que Cachalote y Espinilla transportan a la alcoba.)

CARA. Un bulto que te confiamos, interin despachamos otro asunto.

EPINI. Ahí lo dejamos.

CARA. ¡Oye, tú! ¡No traes mala pítima!

CEFE. Es un vecino que me ha obsequiado. No he podido despreciar, lo hubiera tomado a desaire.

CACH. ¡Nosotros al puente de Arcole!

CARA. ¡Hay que echar la zarpa a ese pillete!

CACH. Y como tú tienes el cheque, Caracol, no nos separamos de ti hasta mañana.

ESPI. ¡Qué confianza!

CACH. ¡Te encerramos aquí, y respondes del preso!

CEFE. ¡Con mi cabeza! (Vanse por la puerta izquierda.)

ESCENA III

CEFERINA, KERLOR, luego FANFAN

CEFE. ¡Qué hombre ese Cachalote! Eusebio es menos que un Caracol, es una babosa. (Ceferina se sienta a la mesa y bebe con la botella, Fanfán aparece por la ventana.)

FAN. ¿A dónde irían los tres de conserva? La suerte me favorece, puesto que me dejan el terreno libre.

CEFE. ¡A la salud de Cachalote! (Bebe.)

FAN. (No queda más que Ceferina.) (Entra.)

CEFE. (Canta).

FAN. ¡Vaya una chispa! No hay cuidado. ¡Hola, mamá Ceferina!

CEFE. Fanfán... ¿De dónde sales tú?

FAN. Acabo de ver ahí fuera el cartel en que se anuncia mi desaparición.

CEFE. ¿Qué vienes a hacer aquí?

FAN. ¡Vengo a abrazarte! Te choca ¿eh? ¡Pues ahí verás! Es que desde que me largué no he comido caliente todos los días! Y he pensado que era una simpleza tener ideas de honradez, que no llenan el estómago. Y como sabía que estábais de vuelta, aquí me he colado otra vez.

CEFE. Precisamente te andan buscando... debajo del puente de Arcole.

FAN. ¡Hombre!

CEFE. ¡Sí! para devolverte a tu familia... ¡qué suerte tienes! ¡vas a ser rico!

FAN. ¡Mi familia! ¿No son ustedes?

CEFE. ¡No!... nosotros no somos más que padres postizos.

FAN. Entonces... ¡A mi salud, mamá Ceferina!...

(Fanfán rápidamente, mira por el ojo de la llave de la puerta y vuelve cerca de la mesa.)

CEFE. ¡A tu salud!... Y a la de Cachalote.

FAN. ¿Tiene usted sed, eh?

CEFE. Sí ¡cosa más rara... cuanto más bebo... más sedienta estoy!

FAN. ¡Pues bien! ¡Eche usted tragos! (Ceferina

canta. Fanfán va a examinar el pupitre y vuelve al lado de Ceferina.) Diga usted, ¿es usted la que tiene la llave del pupitre?

CEFE. La llave del... no... la tiene Eusebio.

FAN. (Entonces a forzar la cerradura.)

CEFE. ¿Qué haces ahí?

FAN. Atizo el fuego... ¡Hace aquí mucho frío!

CEFE. ¡No! Tú quieres abrir. (Se levanta y se bambolea. Se apoya en el respaldo de una silla.)

FAN. ¡Oh! ¡Oh! ¡Hay mar de fondo! (Sigue forzando la cerradura del pupitre. Ceferina lo mira y se ríe.)

CEFE. ¡Já, já, ja! Que maña tiene el diablillo.

FAN. He aprendido en buena escuela.

(Se abre el pupitre.)

CEFE. No curiosoees ¿eh? (Da un paso y alarga la mano.)

FAN. ¡Déjeme! (Fanfán le da un golpe con el instrumento que le sirve de ganzúa.)

CEFE. ¡Ah! (Cae en la silla y se frota la mano.)

FAN. ¿Se quemó usted los dedos?

- CEFE.** (Fanfán da con la cartera y se la mete en el bolsillo.) Ahí tiene guardada Eusebio la cartera, con la cual se hará soltar la mosca a D'Alboize, como han hecho con Kerlor.
- FAN.** ¡Kerlor! (Vuelve la cabeza aterrorizado.)
- CEFE.** ¡Ahí está, en la alcoba, maniatado!
- (Fanfán aparta la cortina y se precipita en la alcoba.)
- FAN.** ¡El, mi padre!
- CEFE.** ¡Ha sido Cachalote!
- FAN.** ¡Ah, Dios mío! ¿Si no tendré tiempo?
- CEFE.** Cachalote ha sido. ¡Eh! ¿Dónde estás? (Se levanta y da tumbos.) ¡Como da vueltas el condenado!
- FAN.** ¡Ah! ¡Estas cuerda! ¿Es usted el señor de Kerlor? (Fanfán ha cortado las cuerdas que sujetaban a Kerlor. Ambos salen de la alcoba. Vuelve a caer la cortina.)
- KER.** ¡Sí! ¿Y tú?
- FAN.** Yo soy... Aquí me llamaban Fanfán, pero en la casa de donde vengo, mi madre, que acabo de encontrar... me llamaba Juanito... Juan de Kerlor.
- KER.** ¿Y eres tú el que me salvas?
- FAN.** Y ahora que tengo las cartas... (Ceferina coge la navaja que Espinilla dejó sobre la mesa y va a colocarse cerca de la puerta.)
- KER.** ¿Qué cartas?
- FAN.** Unas cartas escritas al señor D'Alboize por una señora que firma Carmen. Caracol las robó hace tiempo y, según me ha dicho Claudinet, han de proporcionar mucha alegría a mamá... y a usted también.
- KER.** ¡Entonces es verdad que eres mi hijo! ¡Ah! ¡huyamos!
- FAN.** No. (Fanfán apaga el quinqué, coge a Kerlor por la mano y lo conduce hacia la puerta. En el momento de ir a salir, pasa por delante de Ceferina que levanta la navaja para asestarle un golpe. Kerlor le separa y se interpone recibiendo la puñalada.)
- KER.** Quita. ¡Ah! ¡miserable!
- FAN.** ¡Padre! ¡Padre! (Se oyen dentro voces de los otros.)

- CEFE. ¡Ahí vienen los otros!
FAN. ¡Por aquí, padre, por aquí! (Lo conduce a la ventana.)
KER. ¿Hay paso?
FAN. Por donde he venido... Este taburete... nos servirá para saltar la tapia del corral. (Fanfán saca el taburete por la ventana y ios dos saltan por ella. Caracol, Cachalote y Espinilla entran por la puerta.)

ESCENA IV

CEFERINA, CARACOL, CACHALOTE y ESPINILLA

- CARA. Fanfán no parece por ningún lado.
CEFE. ¡Claro! Como que ha estado aquí con Kerlor, a quien ha desatado. Te han robado la cartera... y huyeron.
CARA. ¿Por dónde?
CEFE. Por la ventana.
CARA. Quita allá, borracha.
CACH. No pueden andar lejos. ¡A ellos!
(Los tres saltan por la ventana.)
CEFE. ¡A ellos! (Sale dando tumbos por la puerta.)

MUTACIÓN

FIN DEL CUADRO SEXTO

VARIANTE

En los teatros donde no haya posibilidad de poner en escena el cuadro séptimo, que pasa en la esclusa, podrá suprimirse. En este caso, el cuadro sexto terminará del modo siguiente, a partir del bocadillo de Ceferina, (Escena IV):

- CEFE.** Por la ventana.
CACH. No pueden andar lejos.
ESPI. Y siempre estamos seguros de pescarlos a domicilio.
CARA. Es verdad. Vamos allá. (Enseñando el puño por donde huyeron Fanfán y Kerlor.) ¡Ah, pillete! Yo te juro que te echaremos la zarpa.
(En el momento en que los tres se dirigen hacia la puerta, cae el telón.)

NOTA.—Si se suprime el cuadro séptimo, ha de hacerse la siguiente modificación en la escena V, del cuadro octavo:
Donde dice Espinilla:

Ceferina está al extremo de la calle en un coche.

dirá:

Caracol está al extremo de la calle en un coche.

ADVERTENCIA.—Las compañías que supriman el cuadro de la esclusa, deberán anunciar el melodrama como «arreglado a la escena española en siete cuadros», y titular cuadro séptimo el de la muerte de Claudinét.

CUADRO VII

El canal de San Martín, cerca del Puente de Austerlitz, en París. Puente esclusa de un lado a otro del escenario. A la izquierda, una escalera, que baja desde el puente al proscenio. Este puente figurará contener las aguas de una gran presa, y cuyas compuertas se abren a su debido tiempo, por medio de un manubrio situado en el malecón izquierdo, dejando desbordarse las aguas de la presa en las que cae Caracol.

ESCENA PRIMERA

KERLOR y FANFÁN. Al levantarse el telón, se hallan a la derecha del puente. Kerlor apenas puede sostenerse.

- FAN. ¡Papá, de prisa! ¡Nos siguen de cerca!
- KER. Sí; pero tu ocurrencia de bajar al canal ha debido despistarles. Nos buscan por arriba, por el boulevard.
- FAN. Tiene V. razón, pero en la soledad de la noche, no tardarán en ver que hemos cambiado de rumbo. (Se oyen silbidos lejanos.)
- KER. ¿Oyes? Son ellos.
- FAN. Atravesemos la esclusa. Por el otro muelle alcanzaremos el puente de Sully. (Pasan el puente, hablando.)
- KER. Allí no faltará quien nos auxilie.
- FAN. ¿Municipales? ¡Ni por pienso! Nunca parecen cuando se les necesita. ¡No importa! ¡Corramos! ¡Apóyate en mí! No temas; tengo más fuerza de la que te figuras. (Se oyen silbidos más cercanos.)
- KER. ¡Se acercan!
- FAN. ¡Vamos! (Kerlor se detiene.)
- KER. ¡Ah! ¡Esta herida agota mis fuerzas! Anda... déjame, vuelve al lado de tu madre.

- FAN. ¡No, no quiero separarme de ti. Fuera una cōbardía. ¡Si no puedes seguir andando, tengo mi navaja para defenderte!
- KER. ¡Oh! Te harías matar. ¡Voy a seguirte!...
(Hace un esfuerzo; da algunos pasos, sostenido por Fanfán, pero vacila y se desploma entre el manubrio y la escalera.) No puedo más... Me muero.
- FAN. ¡Padre! ¡Padre!... ¡Se desmayó! ¡Ah! ¿Cómo reanimarlo?... ¡Ah! ¡Sí, sí! ¡Agua! (Baja al canal, moja el pañuelo, vuelve a subir y humedece las sienes a Kerlor. Aparecen por el otro lado Caracol, Cachalote y Espinilla.)

ESCENA II

Dichos, CARACOL, CACHALOTE y ESPINILLA

- CARA. Por el boulevard no hay nadie.
- CACH. ¿Habrán desfilado por aquí?
- CARA. ¡Mil rayos! No se ve... Sin embargo, aquí está la esclusa.
- FAN. ¡Padre! ¡Padre! ¡Vuelve en ti! (Efecto de luna que ilumina a Fanfán y a Kerlor.)
- CARA. Mira, allá, del otro lado, ¿no os parece que son ellos?
- FAN. ¡Malhaya! Nos han visto. Padre, levántate.
- CACH. Sí, ellos son.
- ESPI. ¡Ya decía yo que no podían andar muy lejos!
- FAN. ¿Qué hacer? ¡Ay de mí! ¿Cómo salvarlo?
¡Ah! (Corre al manubrio. La puerta empieza a abrirse lentamente. La luna se oculta.)
- CARA. ¡Ya son nuestros! ¡Y Fanfán! Fanfán sobre todo. Con él ganamos los trescientos mil. ¡Pronto! Pasemos. (Cachalote y Espinilla se detienen en el malecón. Caracol va en medio.)
- CACH. ¡Diablos! No se ve gota.
- CARA. ¡Bah! No hay más que seguir las tablas. ¡Déjame pasar!... ¡Ah! (Se cae. Desaparecen Fanfán y Kerlor.)

- CACH. Han abierto la esclusa.
ESPI. Si Caracol se ahoga, nos tocará a cada uno la mitad del cheque.
CACH. ¡Imbécil! ¡Si lo lleva él!
ESPI. ¡Mal rayo, pues es verdad! (Reaparece Caracol.)
CACH. ¡Ah! Caracol. (Espinilla encuentra en el suelo una cuerda y se la da a Cachalote que echa un cabo a Caracol.)
ESPI. Toma.
CACH. Agárrate a la cuerda.
ESPI. No llega. (Caracol desaparece en el agua.)
CACH. ¡Maldición!... ¡Ah, pillete! ¡Nos veremos de cerca! (Amenazando a Fanfán.)

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SEPTIMO

Alcoba elegantemente puesta con dos camas en el fondo y demás muebles necesarios. Puerta y ventana practicables a la izquierda. Chimenea y puerta de escape a la derecha. Timbre cuya pera venga a caer sobre la mesa. Mesa con silla a la izquierda. Butacá a la derecha en el proscenio izquierda. Sillas volantes. Un sofá de rejilla, un taburete y una cesta con leña junto a la chimenea. La cama de Claudinet (la de la izquierda) está deshecha. Al levantarse el telón, la escena está débilmente alumbrada por un quinqué a media luz. Claudinet, en zapatillas, en mangas de camisa y con la americana echada sobre los hombros, se halla sentado en el taburete, calentándose a la chimenea, donde brilla un gran fuego. Momentos después, se abre lentamente la puerta de la izquierda y entra con precaución Sor Modesta, con una palmatoria que pone encima de la mesa. Le sorprende ver la cama vacía; luego ve a Claudinet y va hasta él.

ESCENA PRIMERA

CLAUDINET y SOR MODESTA

SOR ¡Virgen Santísima!
CLAU. ¿Es usted, Sor Modesta?
SOR ¡Cómo! ¿No está usted en la cama? ¡Ya
 puede acostarse en seguida! ¿No ve usted
 que se expone a coger una pulmonía? ¡Por
 amor de Dios!
CLAU. ¡No hay peligro! (Se levanta.) Estoy aquí me-

jor que acostado. Déjeme, Sor Modesta; mientras tanto trabajará usted a mi lado.

(Va a la mesa, coge la labor y las tijeras. de Sor Modesta y las pone encima del sofá, en el cual se sienta la Hermana, después de haber puesto el quinqué a toda luz. ¿Quiere? Tome usted, aquí tiene su labor, sus tijeras, todo. Siéntese aquí. (Se sienta otra vez en el taburete. Sor Modesta empieza a trabajar.)

SOR ¿No dormía usted?

CLAU. No. El catarro no me deja dormir. ¡Por la noche toso tanto! La tos me despierta... y entonces me quedo con los ojos abiertos... horas y horas... pensando. Diga usted, Sor Modesta: cuando yo estaba en el hospicio, en la sala de San Nicolás, decía usted siempre que era muy feo mentir.

SOR ¡Naturalmente! ¡Como que es feísimo!

CLAU. ¡Bah! Todo eso son pamplinas.

SOR ¡Pero, Claudinet! La mentira es pecado mortal. Cada vez que se miente se ofende a Dios.

CLAU. Eso según y conforme, hermana. Ve usted, hay mentiras malas y mentiras buenas.

SOR La mentira es siempre mala.

CLAU. No diga usted eso. Yo conozco a una señora, y usted también la conoce... Un día, en el campo, un muchacho, que no diré quién, le roba el portamonedas. Llega el gendarme, registran al chiquillo y se disponen a llevárselo a la cárcel. La señora, entonces dice: Si ese portamonedas no es mío, es suyo, y dejaron al muchacho en libertad, y, desde aquel día, no volvió a robar, jamás, jamás. ¿Era o no una mentira? Pues bien; si esa ofendió a Dios, maldito si lo entiendo. (Tose.)

SOR Es verdad que... en ciertos casos...

CLAU. ¿Esto la asombra, Sor Modesta. Pues la señora en cuestión era mi mamá. ¿Se atreverá usted a llamarla embustera?

- SOR ¡Oh! Claudinet.
- CLAU. Pues todavía ha dicho una mentira más grande, ¡mucho más grande! Pero buena, también. Me dijo que yo era su hijo... ¡y no es verdad! Su hijo es Fanfán y no yo. Dijo eso por no darme pena. Estoy contento, porque es Fanfán... ¡Si hubiera sido otro!... ¡Pero yo hubiera querido ser su hijo también! (Solloza y deja caer la cabeza en las rodillas de Sor Modesta.)
- SOR ¡Mi pobre Claudinet, no llores! (Le levanta la cabeza.)
- CLAU. ¡Una mamá tan buena no era para mí. Es una lástima que la mía haya muerto. Cier-to es que se emborrachaba, pero era la mía... ¡Ah, no tardaré en ir... donde ella está!
- SOR ¡Oh, Claudinet, no diga eso!
- CLAU. ¿Cree usted que yo iré al cielo, Sor Modesta? No he sido malo, a pesar de lo que hice cuando estuve con el tío Caracol. ¿Rogará usted a Dios por mí?
- SCR ¡Dé todo corazón, hijo mío!
- CLAU. ¿Cómo se figura usted que es el cielo? Al contemplar la llama, me lo imagino brillante, con hermosos colores... resplandeciente... y sin nada de frío. (Se vuelve hacia Sor Modesta.) Un sitio donde los muchachos como yo están con sus mamás. (Sor Modesta le estrecha en sus brazos.)
- SOR Así debe ser, Claudinet. Si a alguien puede Dios dejar entrever el paraíso desde la tierra, es seguramente a los niños como tú. ¡Qué Dios te acoja en la eterna felicidad, y nos conceda la gracia de parecer-nos a tí!
- CLAU. ¡Gracias, Sor Modesta! Lo que usted me dice me consuela mucho. Pero... ¿Oye usted? (Se levanta.)
- SOR ¿Qué? (Se levanta a su vez. Claudinet corre a la ventana, descorre la cortina y abre la ventana. Sor Modesta se detiene entre las dos camas.)

CLAU. ¡Un coche! ¿Y ese ruido en el jardín? ¡Ah! es Fanfán. (Fanfán salta por la ventana que queda entornada.)

ESCENA II

Dichos y FANFÁN

CLAU. ¡Con qué impaciencia te esperaba! ¿Traes las cartas?

FAN. Aquí está la cartera. (Se la da a Claudinet que la guarda en el bolsillo del calzón.)

SOR ¿Qué ocurre? ¿De dónde viene usted, hijo mío? ¿Qué cartera es esa?

FAN. Esta cartera acabo de robarla.

SOR ¿Robarla? ¡Virgen Santísima!

CLAU. Ha robado del mismo modo que su mamá dice mentiras, ¡para hacer un bien! (Fanfán se sienta a la izquierda de la mesa.) Vaya usted, Sor Modesta; dígame que venga en seguida. (Claudinet se sienta a la derecha de la mesa.)

SOR ¡Dios mío! ¿Qué ocurrirá? (Vase por la derecha llevando el quinqué que había encima de la chimenea.)

ESCENA III

CLAUDINET y FANFÁN

CLAU. ¡Cuanto has tardado, Fanfán!

FAN. Si me descuido no vuelvo.

CLAU. ¿Hubo escaramuza?

FAN. Esos canallas nos hubieran escabechado si hubiesen podido.

CLAU. Pero gracias a Dios, aquí estás ya tranquilo.

FAN. ¡Sí! y vamos a ser muy felices juntos.

- CLAU. ¡Ah! No será por mucho tiempo, Fanfán. A ti te lo puedo decir. Ayer sorprendí una conversación del médico con nuestra mamá. Hablaban muy bajo, pero los enfermos tienen buen oído.
- FAN. ¿Y qué decían? (Fanfán se levanta y se arrodilla a los pies de Claudinet.)
- CLAU. Se trataba de mí. El médico decía que mi catarro podría durar hasta la primavera; pero que si yo recibía alguna sacudida demasiado fuerte... o alguna pena... era cuestión de días. (Se levanta y Fanfán le sigue.)
- FAN. Pues no tendrás pena alguna. Y tu catarro, ahora que somos ricos, los médicos le curarán. (Entra Elena seguida de Carmen.)

ESCENA IV

Dichos, ELENA y CARMEN

- ELEN. ¿Qué dice Sor Modesta? ¿Has salido esta noche?
- CAR. ¿Y no has vuelto hasta ahora?
- CLAU. No le riñas, mamá, fué por ti.
- ELEN. ¿Por mí?
- FAN. Claudinet me dijo que para que tu felicidad fuera completa necesitabas las cartas que D'Alboize buscaba por todas partes.
- CAR. ¿Unas cartas?
- CLAU. Caracol las había robado y Fanfán fué por ellas.
- FAN. Sí, con papá.
- ELEN. ¿Tú?
- CAR. ¿Tú hicistes eso?
- FAN. Sí. (Elena abraza a los niños.)
- ELEN. ¡Hijos míos! Entrambos me devolvéis la felicidad, el amor y la vida, todo lo que creía haber perdido para siempre. Pero, hablabas de tu padre ¿luego le has visto?

- FAN. Sí, hace un momento, en casa de Caracol.
CAR. Había ido en tu busca.
FAN. ¡Oh, mamá! qué contento estaba y qué placer sentí, cuando me estrechaba en sus brazos, llamándome hijo mío: como tú, mamá, como tú.
- ELEN. ¿Eso hizo?
FAN. ¡Me quiere mucho! Y al volver juntos, me dijo: «He causado inmensa pena a tu madre, hijo mío... pero, espero que me perdonará por amor a ti.»
- ELEN. ¡Que venga! ¡Que venga pronto! (Estrechando las manos de Carmen.)
CAR. ¿Por qué no vino contigo?
FAN. Va a venir enseguida, pero mamá, no te asustes, ¡está herido!
- ELEN. ¡Herido!
FAN. ¡Por salvarme! (Va a Elena. Claudinet queda apoyado delante de la mesa.) Ceferina quiso darme una puñalada... él se interpuso y recibió el golpe.
- ELEN. ¡Avisar al médico! Llama, Carmen, llama. ¿Dónde está? (Carmen toca el llamador eléctrico que pende sobre la mesa.)
FAN. Al lado; en casa del señor D'Alboize; pero no será nada.
- ELEN. Voy allá; le traeremos. ¿Vienes, Carmen?
CAR. Sí, sí. (Vanse; Fanfán las sigue llevándose la vela.)
FAN. ¡Mamá! ¡Tía Carmen! Tomen ustedes el coche para traer a papá.

ESCENA V

CLUDINET, luego ESPINILLA y CACHALOTE

- CLAU. ¡Qué felices son! ¡Tan felices que ya casi no se acuerdan de mí. ¡Ah, mi pobre Fanfán! Esa pena de que hablaba el médico, la he tenido harto grande. (Pasa a la derecha.)

Ser tan dichoso como lo era yo y después... ¡todo desaparece!... Aunque me alegro por Fanfán, esto me mata. (Se sienta en el canapé.) No me queda mucho tiempo... cuestión de días, como dice el Doctor. ¡Qué frío tengo!... (Arrima el canapé al fuego de modo que después Espinilla no pueda verle a él.) ¡El fuego se apaga! (Echa leña a la chimenea y se sienta en el taburete.) ¡Ajá! Me gusta ver una hermosa llama.

(ESPINILLA entra por la ventana.)

ESPI. (¡Nadie! ¡Bueno!)

CLAU. ¿Quién viene ahí? (Vuelve la cabeza, mira por entre la rejilla del sofá, ve a Espinilla y da un grito ahogado.) ¡Ah! ¡Espinilla!... (Espinilla inspecciona el cuarto, mira por el ojo de la cerradura de la puerta de la izquierda y se asoma luego a la ventana.) Se marcha.

ESPI. ¡Cachalote! ¿Estás ahí?

CACH. Sí. ¿Qué hay? (Aparece por la ventana.)

ESPI. Estoy en el cuarto de los niños... pero no hay nadie.

CACH. ¿Fanfán no está ahí?

ESPI. Habla con varias personas que se van.

CACH. ¿Va a volver?

ESPI. ¡Y solo!

CLAU. (¡Acechan a Fanfán!) (Cachalote entra por la ventana y va a escuchar a la puerta.)

CACH. Pues no tenemos más que esperarlo aquí. Cuando llegue... lo cojo.

ESPI. Ceferina está al extremo de la calle en un coche.

CACH. Llevaremos allí al muchacho.

ESPI. Una vez que le hayamos echado la zarpa, no sabe él lo que le va a pasar.

CACH. Y si ese Kerlor no suelta la mosca, peor para Fanfán. Está el pillete demasiado al corriente de nuestros asuntos para no ser peligroso.

ESPI. Más vale sangrar que ser sangrado. ¿Le oyes volver?

- CACH.** ¡Todavía no! (Miran con precaución por la ventana, de espaldas a Claudinet.)
- CLAU.** (¡Se lo van a llevar! ¡Van a matarlo tal vez! ¡Si llamo, me matarán a mí! ¡Y qué? (Se levanta.) Si muero, habré salvado a mi Fanfán. Sin embargo, si yo pudiese llegar al llamador sin que me vieses...)) (Anda a gatas hacia la mesa y llega hasta el centro del escenario.)
- CACH.** ¡Oigo ruido!
- ESPI.** ¡Será él! (Se vuelve y ve a Claudinet.) ¡Calla! ¡El otro pillete!
- CACH.** ¡Claudinet! (Espinilla le habla por encima de la mesa, apoyándose en el extremo de la derecha.)
- ESPI.** ¡Hipócrita! Se oculta para escuchar. Pues procura ser mudo, sino... aun no he cumplido los diez y seis, y puedo destripar al que me estorbe, sin peligro de ir al palo. (Saca la navaja.)
- CLAU.** ¡Ya lo sé! (Temblando, aterrado, de rodillas.)
- ESPI.** Pues punto en boca, y hazte el muerto. ¿me lo prometes? (Le da un empujón. Claudinet cae boca abajo cerca de la mesa.)
- CLAU.** ¡Sí, sí! (Espinilla vuelve al lado de Cachalote, que se halla entre la puerta y la mesa.) A ver si desde aquí llego... (Claudinet se levanta con precaución, apoyándose en la butaca que hay a la derecha de la mesa y alarga la mano para coger el llamador.) ¡Sí!... (Espinilla sorprende su movimiento.)
- ESPI.** ¡Cachalote! ¡El timbre! (Cachalote corta el cordón con las tijeras de Sor Modesta que quedaron encima de la mesa. Cae la pera del llamador. Claudinet retrocede.)
- CACH.** ¡Pierde cuidado! ¡Llama ahora! (Espinilla se acerca a Claudinet.)
- ESPI.** ¡Canalla! ¡Querías vendernos! (Cachalote escucha a la puerta.)
- CACH.** ¡Oigo pasos! Es Fanfán. ¡Atención! (Espinilla coge por el brazo a Claudinet y le amenaza con la navaja.)
- ESPI.** ¡Trágate la lengua, o mueres!
- FAN.** ¡Claudinet! (Dentro.)

- CLAU. ¡No entres, Fanfán! ¡Están aquí! ¡Socorro!
¡Asesinos!
- ESPI. ¡Ah, víbora!... ¡No chistarás más! (Le da un navajazo. D'ALBOIZE y DOS AGENTES, revólver en mano, entran por la ventana, al mismo tiempo que Cachalote y Espinilla iban a huir por ella, y se apoderan de estos. Claudinet se levanta, vacilante, y va a apoyarse en un sillón que habrá a la derecha y al pie de la cama de Fanfán. FANFÁN entra por la izquierda, seguido de KERLOR, y pone la vela encima de la mesa, quedando la escena a media luz.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, FANFÁN, D'ALBOIZE, DOS AGENTES, KERLOR. Luego ELENA, CARMEN, SOR MODESTA y UN CRIADO

- DALB. ¡Miserables! (Kerlor y Fanfán auxilian a Claudinet; lo sientan en el sillón.)
- FAN. ¡Claudinet!... ¡Ah, padre! ¡Lo han matado! (Entran ELENA y CARMEN por la izquierda y acuden a Claudinet.)
- CLAU. Ha sido Espinilla. Venían por ti... resueltos a matarte... Entonces grité.
- KER. ¡Has dado tu vida por la suya! (Entra SOR MODESTA por la derecha con el quinqué que pone encima de la chimenea. La escena queda bien alumbrada. Kerlor echa en un vaso agua de una botella que habrá encima de la chimenea y da el vaso a Sor Modesta que humedece un pañuelo y lo aplica a la herida de Claudinet.)
- CACH. ¡Imbécil, por culpa tuya!
- ESPI. Me es igual... No pueden rebajar mi talla, porque aun no he cumplido los diez y seis.
- CACH. ¡Estás fresco! Necesitábamos un ayudante y enmendé tu partida de nacimiento. Pero tienes seis meses más de los necesarios para subir al patíbulo.
- ESPI. ¡Canalla! (Se los llevan los agentes.)

- KER. ¡Te has sacrificado por mi hijo!
- CLAU. ¡Ah, el sacrificio no es muy grande; me quedaban tan pocos días de vida!... Mamá, aquí tienes la cartera.
- ELEN. ¡Hijo mío! Todos vamos a deberte la felicidad.
- CLAU. No es mucho pagarla con mi muerte.
- CAR. No; Dios no querrá que mueras. Te salvaremos.
- DALB. Y le vengaremos.
- FAN. Claudinet, ya verás; no volveremos a separarnos.
- CLAU. No llores. Adiós, Fanfán; adiós, mamá. Acuérdate del pobre Claudinet... que fué tu hijito durante ocho días... (Muere.)
- SOR. ¡Dios mío, recibe en tus brazos al inocente que se va!

FIN DE LA OBRA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21-BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar	Los Miserables
La Ola gigante	La ladrona de niños
El señor Conde de Luxemburgo	Los dioses de la mentira
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes	Cristo contra Mahoma
El Sol de la Humanidad	Juventud de Príncipe
Zazá	Juan José
Mujeres Vienesas	La sociedad ideal.
Hamlet	La cizaña
Giordano Bruno	Entre ruinas
El Nido Ajeno.	La vida es sueño
El Rey	Sabotage
Prisionero de Estado o La Corte de Luis XIV	Pasa la ronda
	Magda
	El Papá del Regimiento
	El Alcalde de Zalamea
	Los dos pilletes

Seguirá la obra

Don Juan de Serrallonga

ORIGINAL DE

DON VÍCTOR BALAGUER



Precio: DOS pesetas